

212/343

TAJO

21 NOVBRE. 1942



1
PTA

ALFRED
MAYO

Ayuntamiento de Madrid



VITALIDAD

A-384

Brazos fuertes y cerebros geniales del Viejo Continente crean, en beneficio del mundo, las más trascendentales obras.

Esta vitalidad de los Estados Europeos asegura asimismo la VIDA PROPIA de la

NUEVA EUROPA CONTINENTAL

Paracaidistas en Túnez



Los modernos aviones, con su gran capacidad de transporte y sus enormes radios de acción, han contribuido, acaso como ninguna otra arma, a la posibilidad de extender la guerra por todos los rincones del planeta, o atender con la velocidad del rayo a parar un golpe del enemigo en las más apartadas regiones.

No importa que en la región que se trata de ocupar desde el aire existan tropas dispuestas a defenderse. Si se cuenta con la necesaria superioridad aérea, el ataque será llevado desde el cielo en la misma forma clásica que en el suelo. Como fase preparatoria, la aviación de bombardeo atacará, especialmente en picado, las defensas de tierra, mientras que la caza se hace dueña del aire. Conseguida la destrucción o la neutralización de la defensa, se lanzan a la lucha las vanguardias, constituidas por los paracaidistas y tropas transportadas en planeadores, remolcados por aparatos de bombardeo en largos trenes hasta diez planeadores. Cuando estas vanguardias se han apoderado de los aeródromos o zonas aptas para el aterrizaje, comienza la tercera fase, en que los aviones de transporte van desembarcando sobre el suelo enemigo el grueso de las fuerzas.

En Alemania el profesor Junkers ha proporcionado a la Luftwaffe, con el JU-52, el avión de transporte de mayor rendimiento, ya que es acaso el único prototipo de 1932 que aun está en uso. Estos aparatos hicieron sus primeras pruebas bélicas en nuestra guerra de Liberación, en que cinco JU-52, realizando cuatro viajes diarios durante un mes, transportaron de Tetuán a Jerez 15.000 hombres con su armamento, dos baterías de 105 de montaña y cerca de 300 toneladas de material, municiones, etc. Puede alcanzar una altura de 6.000 metros, desarrolla una velocidad de 190 kilómetros por hora y es capaz para transportar 40 hombres con su armamento o dos toneladas de material. Constituye hoy todavía el grueso de la aviación de transporte alemana, y ha sido empleado en Polonia, Noruega, Bélgica y Creta.

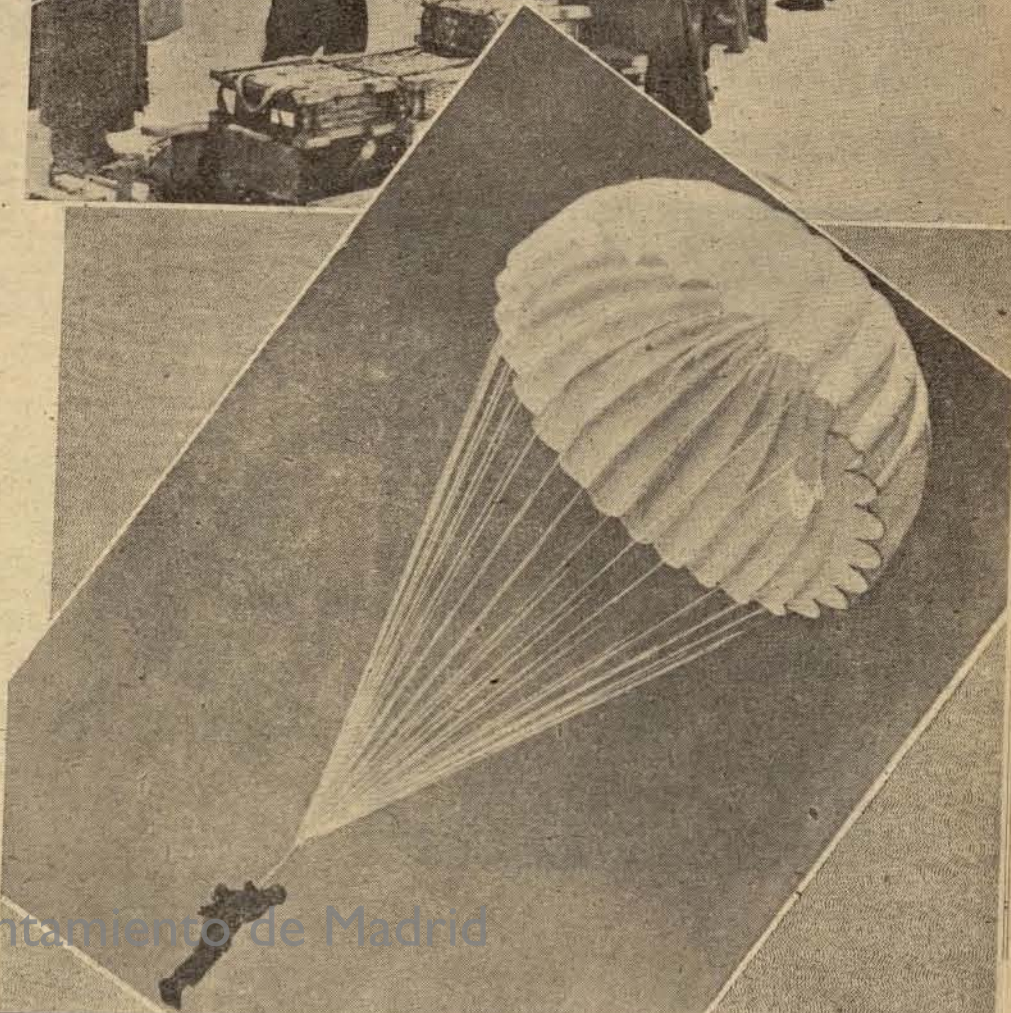
Cuenta Alemania con el Focke-Wulf 200 Kurrier, cuatrimotor, con 418 kilómetros de velocidad máxima, 7.400 metros de techo y 4.500 kilómetros de radio de acción; y el hidroavión D. O. 26, que al parecer tiene un radio de acción de 9.000 kilómetros, con una velocidad máxima de 335 kilómetros por hora.

Los planeadores de grandes envergaduras, capaces para 10 ó 15 hombres armados, forman también parte de esta vanguardia. Remolcados por otros aviones de bombardeo o de transporte, se sueltan en lugares apropiados y refuerzan a los paracaidistas.

Las primeras fuerzas desembarcadas de aviones que aterrizan en los campos conquistados por las vanguardias son también tropas del aire, con organización especial. Una división aérea de estas fuerzas está formada por dos regimientos de infantería, uno de artillería, con 24 piezas, y un batallón antitanque; en total, unos 6.000 hombres con su material y armamento, que exigen para su transporte unos 250 aviones.

Si se tiene en cuenta que, según noticias inglesas, en Creta fueron empleados unos 1.200 aparatos de transporte, podemos calcular que sobre la isla llovieron en pocas horas unos 35.000 soldados alemanes.

LUIS MARCOS GIRÓN.



VICENTE ESCUDERO

MAGO DEL BAILE ESPAÑOL

La escuela del Sacro Monte. Triunfos en París.-
El público de Bagdad, la India y Alejandría.-Los
nuevos "ballets" españoles.

Vicente Escudero ha nacido en Valladolid, en plena llanura castellana, y ya en los primeros pasos de su infancia siente en lo profundo de su corazón los impulsos del baile.

—En todo Valladolid me conocían—nos dice ahora—porque, de chico, bailaba sobre las placas metálicas de las mangas de riego, a las que conseguía sacar sonidos diferentes.

Pero sus padres le querían "honrado trabajador". Y Vicente Escudero entró en una imprenta a mancharse de grasa y a jugar con el plomo. Mas también allí había piezas metálicas a las que arrancar vibraciones musicales con los pies, y cuando ya le habían ascendido a "marcar" en la imprenta, tuvieron que echarle por bailar en los estribos de las máquinas hasta romperlos.

Abiertamente prescinde Escudero de consejos y amonestaciones. Se lanza a bailar flamenco por los pueblos de la provincia, y sufrió la intensidad de un trabajo impropio para vestir la danza con la técnica disciplinada del músculo.

—Entonces, como hoy—nos explica—, para mí el baile es poesía. Es la palabra viva del cuerpo, es la estrofa que modula la carne animada por la idea.

EN EL TIPICO RINCON GRANADINO

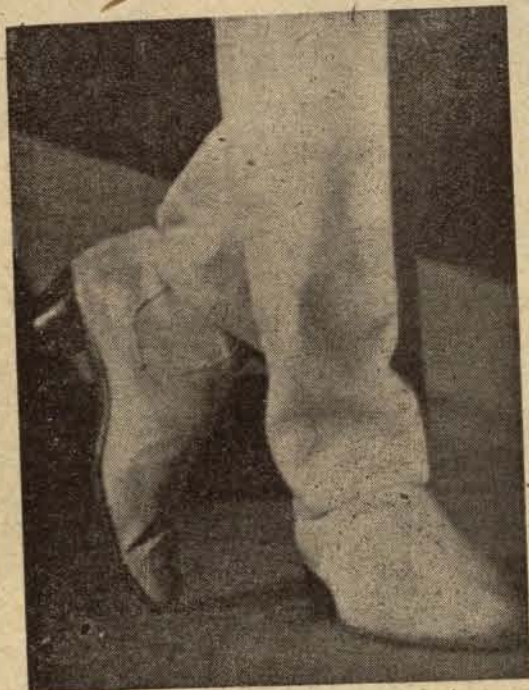
Vicente Escudero marcha después, en plena adolescencia, a Granada, a vivir durante seis años en las cuevas del Sacro Monte. Aquella fue su primera y única academia. Bebió entre aquellas gentes la solera de la danza española, y en el típico rincón granadino, con nuestro folklore como inspiración y un caudal inmenso de entusiasmo, nació la llama de su genio creador.

De la cuna del Sacro Monte—el camino del monte, como le llaman los gitanos—salía por los pueblos y los "colmaos" de la provincia a exhibir la gracia de su espíritu... y a pasar la "batea" para obtener dinero.

—Unos me echaban un real; otros, dos pesetas; los señoritos, un duro...

Y todo lo que en la gitanería vagabunda era angustiosa invocación al misterio, clamor de carne y conjuro a la muerte, se fue tornando en el arte de este hombre rasgo consciente, ritmo musical, línea definida, elemento útil de la perfecta sinfonía que es cada una de sus danzas. Porque en Vicente Escudero el baile es música de líneas y de gestos, el baile no es un mero comentario de la música, sino que existe en él por la sola

Los pies de Vicente Escudero son la realidad folklórica en instantes descriptivos.



virtud de su potencia intrínseca, de su perfecta construcción. Vicente Escudero posee los elementos necesarios al arte: arquitectura, estilo, hondo sentido simbólico.

—Y marché entonces a París—continúa diciéndonos—. Me hice amigo de escritores y artistas españoles que vivían en la bohemia francesa. Y yo, espíritu inquieto siempre, noté mi falta de cultura entre aquellos hombres, a quienes oía palabras



Eruido sobre la música genial de Falla paseó por el mundo los aires españoles.

raras, conceptos que no comprendía. ¡Yo era un profano en todo! Fue una sensación de tristeza la que espoleó mi instinto, y me propuse estudiar para ponerme a su altura.

Por intuición, Vicente Escudero empezó a comprender el arte y a recoger conocimientos en libros y museos, a estudiar plástica, porque vela en los cuadros figuras que podían servirle para sus "ballets". Y hasta llegó a ser pintor en este ansia de conocimientos. Escudero está documentado en todas las escuelas pictóricas del mundo.

LA DANZA ABRE EL ALMA DEL PUEBLO

—¿Cómo se veían tus interpretaciones en el extranjero?—le preguntamos.

—Con un entusiasmo que siempre recordaré con emoción. En Norteamérica, por ejemplo, no entienden nuestro baile. Allí obtuve éxitos apoteósicos. Hago yo un baile acompañado con chasquidos de uñas que llamo "ritmo", y todos los días me lo hacían repetir siete u ocho veces. Más que en España!

Es que la danza es la más penetrante herida que puede abrir el alma del pueblo. La danza está hecha para llegar al corazón del hombre. Por eso el baile de Vicente Escudero se impuso con el triunfo más rotundo, contra la corriente establecida por otros bailarines, que sólo buscaron en España el colorido pintoresco al fabricar lo que de genuino y atávico tiene el arte popular español.

Y él seguía su estudio en inquietud continua;



En el sortilegio arqueado de sus brazos las danzas del amor y de la muerte reviven su angustia en un manantial de creación.

de las ramas de los árboles aprendía posturas para sus brazos anhelantes de movimiento. Hasta en la más humilde barraca de feria pueblerina se puede sorprender un giro, un escorzo que sirva de inspiración después al músculo.

—Los extranjeros—prosigue el bailarín—van a los conciertos a estudiar el baile, y se entusiasman, aunque no lo lleven dentro, porque se dan cuenta de la expresión honda y acabada, reconocen la unidad absoluta de aquel instante emotivo creado por la forma. Yo he sido el primero que ha bailado en el teatro Español, de Madrid, las seguidillas gitanas; estoy satisfecho de los aplausos que me premiaron; pero si eso mismo lo hago en Nueva York o en Alemania, tengo que repetir las seguidillas catorce veces.

—Trabajaste también en Alemania?

—En varias ocasiones, y con clamoroso éxito. Recuerdo una vez que estaba anunciado para dar un concierto en el teatro del Estado, de Berlín. Hubo que suspender el espectáculo porque yo tenía un pie malo y no podía bailar. Pues bien, me hicieron ir desde París, donde estaba, para que sus médicos comprobasen mi lesión. Yo tengo mucho público en Alemania.

EL DOLOR DE LOS PROFANADORES DESAPRENSIVOS

A este genial bailarín, que une su inteligencia creadora a su acabada perfección de ejecutante, le sacan de quicio las adulteraciones que de la danza se hacen por los escenarios de España. Cuando un individuo sin cultura monta un baile de éstos, profana el arte.

—¿Por qué se autorizan—pregunta indignado—si está prohibido hacer orquestación de fragmentos? ¡Eso es una estafa con lamentable colorín de pandereta!

A Vicente Escudero le duele la profanación de los desaprensivos. El practica arte puro, en el que es absoluta la identidad entre el dibujo musical y el que traza su cuerpo. En *El amor brujo* la expresividad pasional del bailarín resalta más que en ninguna otra de sus creaciones; allí la danza, en su más alta depuración, retorna a sus orígenes primitivos de pantomima.

Decíamos que Vicente Escudero ha recorrido el mundo con su arte. Llevó su conmoción íntima y profunda hasta el Indostán. En Alejandría y en El Cairo dió varios conciertos, y buscó en los gitanos del Oriente la raíz de sus danzas. En Jafa, primera ciudad de Palestina, le sorprendió una revolución entre judíos y árabes. Cruzó la India, vivió en Bagdad. A todos los públicos arrancó aplausos vehementes.

LOS "BALLETS" ESPAÑOLES DE ANA DE ESPAÑA

—¿Cuál es tu trabajo actual?—le preguntamos.

—Ahora estamos ensayando con la gran bailarina Ana de España un programa de "ballets" españoles de gran trascendencia artística, con los que nos presentaremos ante el público de Madrid. Forman la primera parte del espectáculo una *Sonatina* de Ernesto Halffter, coreografía de Ana de España y Carmita García; *Galerna*, de José María Franco, montada por mí, y la estampa romántica de Manuel Machado *La cobijada*, estilizada coreográfica mía; y *El amor brujo*. En *La cobijada* se bailan unas "romeras" de 1830, que son la madre de las "alegrías", y no se han montado en España desde aquella fecha. Puro folklore andaluz.

Vicente Escudero está escribiendo un "ballet" sin música titulado *La muerte gitana*, en el que interviene nada más que un "tocaor"; el resto es acción que dura veinte minutos. La escena es un velatorio donde, por la reacción de la pena, todo el mundo acaba bailando, incluso el muerto. Y estudia actualmente el montaje de *El sombrero de tres picos*, que en España no lo ha hecho nadie.

Las danzas de Vicente Escudero realizan la síntesis maravillosa de la forma sometida a un estilo depurado, casi abstracto en la singular firmeza de su dibujo, y en la severa precisión de su técnica.

A. LOPEZ



"Aspecto de las tribunas en el descanso del partido jugado en Vallecas.



El Gobernador Militar de Madrid, el Delegado Nacional de Sindicatos, el Vicesecretario de Ordenación Social y el Jefe de Educación y Descanso visitan la II Exposición de esta Obra en el Círculo de Bellas Artes.



El Primado de España preside la clausura de la Jornada Nacional de Oración y Estudio, en el teatro Fontalba.



Tren articulado ligero.



Inauguración del Instituto de Colonización Nacional.
(Fotos Cifra.)



—No me ponga mucho. Un dedo nada más.



—Debe ser miope. Fíjate qué gafas lleva.
—No. Las lleva porque como es tan chico, para que le vean a él.



LA SEÑORA MIOPE.—¡Qué nene más rico! Es igual que su padre.



—¿Ves, querido? Así te abriga más la barba.



El señor le dijo al cochero: —Si alcanza usted aquel coche, hay cien pesetas de propina.

EL COLEGIO DE GUARDIAS JOVENES DE VALDEMORO

Al visitar este gran Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro un motivo de natural interés espoleaba nuestra curiosidad. Sabíamos nosotros que entre los 700 guardias jóvenes que ejercitan cursos de capacitación en el Colegio y entre el resto de jefes y oficiales del mismo deberíamos enfrentarnos con un puñado de valientes, héroes supervivientes del Alcázar de Toledo, del Santuario de Santa María de la Cabeza, de los sitios de Oviedo y de la defensa de Biesca (Huesca).

Esta circunstancia acrecentaba la emoción de nuestra visita a aquel Centro de perfecta y admirable organización militar, pese al contrasentido de su denominación de guardia cívica o civil.

Nuestra arribada al Colegio tuvo lugar en una ocasión solemne: el día en que juraban la bandera, para ser destinados a Comandancias, 80 guardias jóvenes. La acogida que se nos dispensó fué cordial, y nos fué dado apreciar los estrechos vínculos de respeto y afecto que unen a los profesores y alumnos, a los jefes y subordinados, dentro de los rigurosos principios de una disciplina inflexible e inalterable, que es tal vez la base más fuerte de compenetración entre todos.

Realizados los actos oficiales—perdurará mucho tiempo en nosotros el recuerdo del momento en que los muchachos desfilaron bajo la bandera cantando el Himno de la Guardia Civil con sus claras voces viriles y emocionadas—, aprovechamos las circunstancias propicias para departir con nuestros héroes.

Los veíamos contentos, felices, animados de un fervor patriótico que ponía humedad y temblor de lágrimas en sus ojos. Acaso era inevitable la evocación de aquellos días, vívidos por ellos, de gestas sublimes y de inmortales efemérides. Aquellos días inolvidables, en que, agrupados en torno a esta misma bandera que hoy ondea invicta y gloriosa bajo el rútilo azul de España, sentían con el alma desgarrada cómo el fratricida Cain pugnaba inútilmente por manchar con la baba de su odio la maravilla de sus colores eternos.

Todo esto que nos rodea sabe a gozo de resurrección y a júbilo de inmortalidad. Deslumbra los ojos del alma el espectáculo de esta juventud sana, animosa, entusiasta, semillero vivo de patriotas de recto temple, que en todo momento sabrán servir a España y morir por ella con gestos magníficos y espíritu de grandeza que habrán de asombrar al mundo.

Los caídos, los que aún alientan como ejemplos



Algunos de los guardias más jóvenes del Colegio.

sublimes de altas y heroicas virtudes raciales, tienen sus continuadores, sus herederos en estos muchachos, apenas adolescentes, que se honran con recios y eufónicos apellidos: son Maldonado, Del Río, Mendieta, supervivientes y defensores—eran niños de diez a doce años cuando les tocó vivir la gesta gloriosa de Santa María de la Cabeza.

Hijos de otros héroes que se honraron vistiendo el mismo uniforme que ahora llevan ellos, quieren seguir el destino que les marcaron con huellas de sacrificio y de sangre sus progenitores. Hablo con ellos:

—¿Estáis contentos, muchachos?

—Sí, lo estamos.

—¿Tenéis presente lo que fuisteis, lo que sois ahora, lo que estáis llamados a ser el día que abandonéis este Colegio, en donde se os acoge con amor y se os capacita para la lucha por la vida?

—Sabemos—dice Maldonado con la voz un poco temblorosa—que fuimos, que somos y seremos siempre españoles al servicio de España.

—No creo—interviene Del Río—que se pueda ser otra cosa mejor.

—Y tú, Mendieta, ¿no dices nada?—me dirijo al tercer ex prisionero del Santuario, abstraído en su perenne sonrisa.

—¿Qué voy a decirle, señor? Que no hay nada en el mundo como nuestro Colegio de Valdemoro. ¿No le parece a usted lo mismo?

Los guardias jóvenes—700 muchachos, entre los dieciséis y diecinueve años—corretean en torno a nosotros como pájaros en desbandada. Se rien, gritan, cantan. Muchos de ellos miran a distancia, con envidia, a sus camaradas del Santuario; pero con una envidia noble y levantada, de sanos estímulos que les honra, porque está inspirada en un profundo sentimiento patriótico.

Prueba al canto. Me dirijo a uno de ellos—a uno diminuto, vivaracho, que mira a sus compañeros con un interés extraordinario—. Le pregunto:

—¿Te hubiera gustado a ti estar en el lugar de esos compañeros tuyos?

—Naturalmente, señor. Hubiera dado mi vida por cambiarme por cualquiera de ellos.

A continuación hablamos con algunos defensores del Alcázar de Toledo, entre los cuales se encuentra el teniente coronel Eymar, el comandante Vallés y el teniente Gil. Tienen el alma saturada de la grandeza de aquel episodio maravilloso. Al evocar las horas de angustia y de heroísmo de la gloriosa epopeya, que debía ser el asombro de la Humanidad entera, estos hombres recios, de indomable y ejemplar bizarría, se sonreían gravemente con un noble gesto de transfiguración.

Está dicho todo con la suprema elocuencia del silencio. Nadie como estos hombres puede saber el significado—ni comprenderlo mejor—de este acto celebrado en el Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro. Acto de fe y de servicio en España, por España y para España. Los hemos visto a punto de llorar, con humedad de lágrimas en las pupilas y un esguince de temblorosa emoción en los labios, cuando los muchachos besaban la bandera en el acto del juramento solemne.

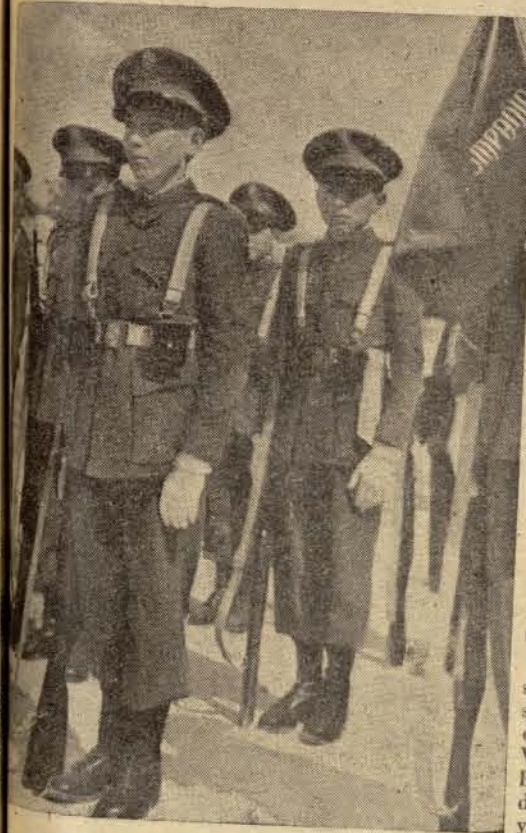
Son los Cortés, los Moscardó, los sucesores y con-

tinuadores de tantos y tantos héroes a los que ya consagró la inmortalidad, y que infunden su savia y su espíritu en esta juventud elegida que se prepara para servir y para honrar a España, como antes y ahora y siempre ellos la honraron y la sirvieron.

Al hablar con este capitán, Gil Delgado, cordial, jefe del grupo de esquiadores del Colegio, tenemos que rendirnos ante la fuerza abrumadora de su sencillez y de su simpatía. Aunque él no haya querido decirnos nada, pues sólo vive entregado afanosamente a su labor pedagógica y deportiva, sabemos que es el único defensor de Biescas del Colegio de Valdemoro. Un héroe—como muchos, como casi todos los que se honraron vistiendo el uniforme de la Guardia Civil en este gran Centro de formación de hombres y de patriotas.

Díganlo si no los muchachos que aquí conviven estrechamente unidos en un fraternal espíritu de compenetración y camaradería. Estos chicos alegres, bizarros, que llevan siempre a flor de labios una canción y un "¡Viva España!". Porque tienen el alma sana y encendida de fe en los altos destinos de la Patria.

JUAN DE ALCARAZ.



Detalle de la formación de guardias jóvenes el día de la jura de la bandera.



Otro momento de la jura de la bandera de los guardias jóvenes.

Cuando Enrique regresó a la intimidad de su habitación, el muñeco de trapo dormía sobre el damasco rojo y convexo del sofá. Al oír el eco de las breves pisadas que hacían crujir el entarimado brillante, Arlequín abrió los ojos en una inmensa mirada de seda y raso.

El sol de la tarde envolvía en papel dorado las chimeneas de la ciudad. Ráfagas de íntimo entusiasmo hicieron sonreír a Enrique.

—¿Qué contento estoy, muñeco!
—¿Enamorado?
—¿Por qué lo sabes?
—Los hombres prologáis siempre el amor con una alegría.
—Es una mujer rubia y bonita ¡Si la vieras!

—¿No temes que pudiera yo enamorarme también?

—Tu corazón de trapo no conoce esas emociones.

—¿Cómo se llama tu... amiga?

—Mercedes. Es blanca y flexible como una espiga que ondulara el viento. Su sonrisa perpetua ofrece el nardo purísimo de su dentadura exacta. Manos breves y pálidas.

—Una mujer siluetada al estilo que que se lleva hoy.

—Cierto. Pero estoy enamorado. La pasión amorosa es la linterna que nos guía por el mundo; yo ya no puedo vivir sin que los reflejos de oro de su cabeza alumbren todos mis actos. Acércate a mí, muñeco; ven que te cuente cómo la he conocido.

Enrique cogió a su Arlequín por un brazo relleno de algodón y se le sentó en las rodillas.

Enrique era poeta, tenía veinticinco años y un montón de cuartillas escritas con ansia a la flores, a la luna, a todos los crepúsculos que se habían reclinado sobre su balcón. Enrique era un romántico a quien la vida negó sinsabores, porque una renta heredada le dejaba limpio de preocupaciones económicas. Un romántico que usaba el cuarto de baño tres veces por semana.

Arlequín, el único amigo entrañable de Enrique, consolaba sus escasas crisis sentimentales, sin permitirle recurrir a la estupidez del whisky.

—¿Verdad que hago bien enamorándome de Mercedes?—le preguntó al muñeco, después de haberle explicado el primer cruce de miradas a través de un vidrio de escaparate.

—Creo que sí. A los veinticinco años los poetas ya necesitan una musa de carne y hueso.

—Pero yo tengo miedo, porque he leído que con el amor se sufre mucho.

—Eso dicen los que han amado. Yo no tengo experiencia; pero sé que el alma humana es tan loca que aun en el dolor sueña con el bien.

—¿Qué pena que no seas hombre para que me aconsejara!

—Entonces hablaría del amor según me hubiese ido en él.

—¿Quieres que la diga mañana que soy poeta?

—Eso puede que sea lo primero que hables, que yo no te lo aconsejaría.

—¿Es malo que sepa que hago versos?

—Ser poeta es poco para una mujer. La golosina del amor no entiendo de retóricas.

Los dos amigos callaron en la sombra de la estancia. Por el balcón, prendido en la fachada blanca del edificio, entraba la primera azulesidad de la noche. Los ojos de Arlequín fueron cerrándose lentamente, y el muñeco se quedó dormido. El cuerpo de trapo hizo una pirueta felina sobre el sofá y escondió la cabeza entre los brazos de colorines.

II

Era la hora justa de la entrevista.

El poeta esperaba junto a un estanque. En el fondo del agua se reflejaban las siluetas de cuantos corazones detuvieron su vuelo en la barandilla metálica. Silabear de las ranas en el croar de sus bocas verdes. Al conjuro de la canción acuática, Mercedes asomó por una vereda del jardín.

Andaba despacio; era pequeña y nerviosa como una frase de Wilde. Enrique, junto a ella, derrochaba sus emociones en jaculatorias líricas.

—Tu silueta, blanca y azul, envuelve mis sentidos en aromas de ensueño. La única preocupación de mi vida es quererte, y mi único error no haberte conocido antes...

—¿Es cierto que vives solo?

—Completamente.

—No podré ir nunca a visitar tu casa.



—Para cumplir los preceptos morales tengo un guardián, que vigilará nuestros idilios.

—¿Algún perro quizá?

—Mi Arlequín de raso.

—¿Un muñeco?

—Sí. Risueño como una mañana de primavera y un poco poeta, como yo.

—Iré a conocerle cuando tú no estés.

—Nadie te abrirá la puerta. Me llevo yo siempre la llave y Arlequín se queda encerrado.

—Tráele un día a nuestro paseo.

—No le gustaría rendir servidumbre a unos enamorados. Es un muñeco muy orgulloso.

El cascabel de una hora sonó a lo

lejos, y llegaron hasta la pareja sus últimas vibraciones. En las iglesias de los barrios de alrededor el "Angelus" matizaba de bronce el aire. Eran campanas antiguas, algunas de siglos, que tenían la ocupación de bendecir los atardeceres y viaticar los días. La argolla del amor abrazaba el cuello de los enamorados.

El poeta saboreaba en éxtasis la postrer mirada de Mercedes, y ciñó los labios a la epidermis pálida y escurridiza de su mano derecha.

—¿Mañana?

—No nos veremos.

—¿Por qué, Mercedes?

—Inventa tu la razón.

—¿Me vas a mentir?

—En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del amado.

—No te comprendo.

—Tengo que ir de compras; eso que os hace a los hombres forman tan mal juicio de nosotras.

—¿Entonces, el jueves?

—El jueves, en tu casa. Conoceré a tu Arlequín.

Enrique volvía contento del parque. En las manos, una fórmula de Cotty, que el juego del amor había impregnado en sus dedos. En el ojal, el tallo mustio de un nardo, que llovía por sus pétalos el fin de la entrevista.

III

El alma de Arlequín reía sin muecas; odiaba el muñeco los gestos inútiles. Y Enrique hablaba con pasión:

—¿Es tan inteligente, muñeco!

—No hay mejor profesión para la mujer que la de ser bella.

—¿Eso está bien para vosotros, los arlequines!

—¿Y qué es la mujer más que un muñeco, que tiene el defecto de moverse solo?

—¿Defecto?

—¡Claro! ¿Sabes tú dónde está ahora Mercedes?

—¿Qué pregunta! Cuando la conozcas mañana te encantará su simpatía.

—¿Viene por fin?

—A las cinco.

—¿Sabe que vives solo?

—Contigo.

—¿Me pondrás el traje nuevo de lentejuelas y el gorro blanco y negro de dos picos!

El muñeco se frotaba las manos con alegría. Era la primera vez que iba a sentir de cerca una voz femenina. Y con grotesco énfasis le preguntó a Enrique:

—¿No teme Mercedes venir aquí, donde viven dos hombres?

—Uno es de trapo...

—Y el otro, poeta; tienes razón, los dos inofensivos.

—¿O es que ibas a pensar algo de su nivel moral?

—No; ya sé que la moral es como un microscopio: se gradúa según conviene a la vista del observador.

El sol se ocultó definitivamente, y los faroles públicos profanaron la noche con el estilete amarillo de su luz.

—Llévame al balcón para contemplar el desfile de las sombras.

Enrique cogió en brazos a su muñeco, de facciones disparatadas y graciosas, y le sentó tras de los cristales en un cojín de damasco con bayaderas bordadas en oro.

IV

A la hora exacta de aquel jueves Mercedes oprimió el botón del timbre.

Hasta la puerta llegaba el trajín de los muebles, ordenándose según la dirección profana del dueño del piso. Arlequín, de un salto, se subió al piano para adoptar una postura coqueta entre vales de Chopin y sinfonías de Beethoven.

Cuando Mercedes entró en la sala los ojos del muñeco se entornaron para amoldar el pudor a la insistencia de la mirada.

Una botella de licor y unas copas de Sèvres, adquiridas con urgencia en un anticuario, presidían el diálogo.

Sobre el buró, unas cuartillas embotonadas con renglones cortos:

Tus dientes me ofrecen cuando ries su blanca cabalgata de alhelies...

—¿Para quién son esos versos?

—preguntó al poeta su rubia amiga.

—¿Para la única mujer que me inspira! A ti los dedico. ¿Te gusta esa estrofa?

—Mucho; pero harás un poquito más larga la poesía.

—La haré eterna, porque pretendo que sea el poema de toda nuestra vida desde que nos conocimos.

Enrique escondió los dedos entre el borlón de oro de la cabeza de Mercedes en una caricia lenta y suave. La muchacha miró al piano.

—¿Ese es el muñeco de que me hablaste?

—Sí; mi único amigo. Con él hablo de ti muchas veces, y me ha oído suspirar por tu hermosura en las altas horas de la madrugada.

—¿Es encantador! Alcánzamele para verle de cerca.

El poeta trajo al muñeco sobre las rodillas de Mercedes. Los dedos finos y pálidos de la muchacha abrieron rutas de escalofrío en la piel de raso; su cuerpo de colorines vibraba de emoción entre las uñas rojas de la mujer.

—Te quiero pedir un favor, Enrique.

—Dime lo que quieras.

—Una prueba de cariño.

Mercedes lucía los ojos más azules de su colección; y con voz de candores trémulos dijo:

—¿Regálame tu Arlequín!

—Es imposible, pequeña. Es lo único que me acompaña en mi soledad.

—Pero ahora tendrás mi retrato. ¿Me gusta mucho tu muñeco!

—¡No me lo pidas más, porque te lo negaré siempre!

—¡Soy yo quien te lo pide, Enrique!

—Te gusta demasiado el muñeco para que yo pueda regalártelo.

—No te comprendo.

—Me podría robar tu cariño.

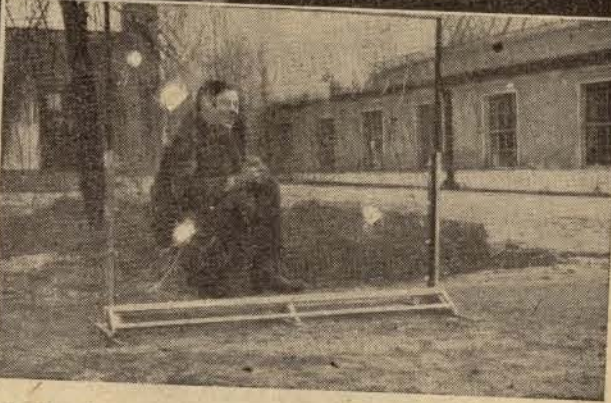
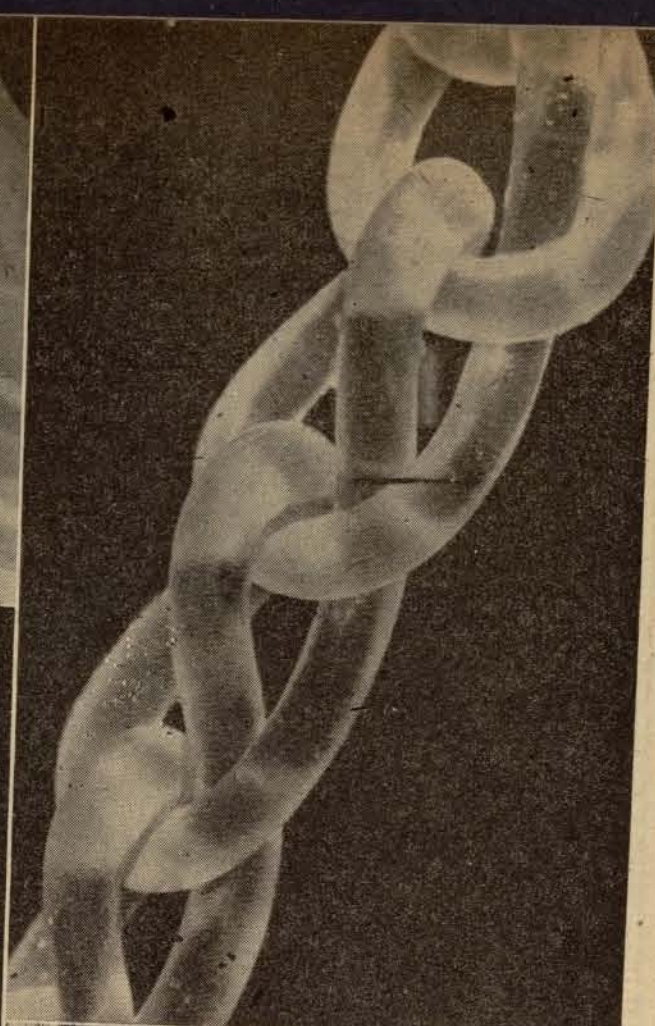
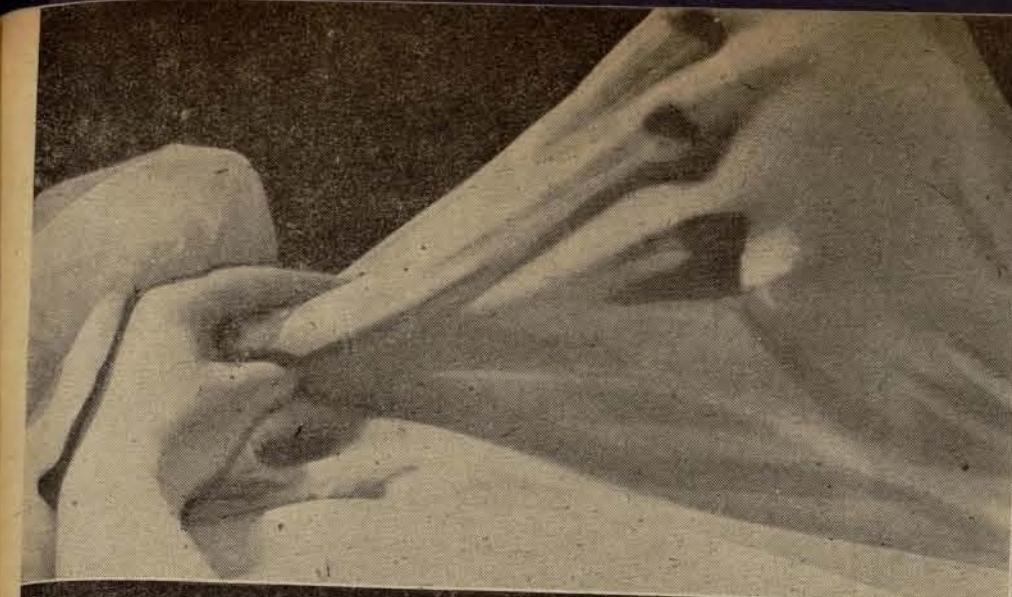
—¿Es posible que tengas celos de tu Arlequín?

—¡No lo sé; pero el muñeco no sale de esta casa!

Enrique intentó apoderarse violentamente del juguete. Mercedes resistió con energía, apretándole contra su pecho. En la mano del poeta brillaba un revólver con reflejos metálicos. Sonó un chasquido seco; una espiral de humo blanco subió hasta el techo. Arlequín cayó al suelo, y por el taladro que en su cabeza hizo la bala salía a borbotones el serrín.

Mercedes bajó unas escaleras que nunca más volvería a subir.

ENRIQUE AMBARD.



Alambre de "Perlón". Nótese su gran flexibilidad y resistencia a la rotura.—Tejido de "Perlón".—Escoba y recogedor de "Perlón". También se fabrican objetos de cerda y púa.—Pruebas de tiro en cristal inastillable. La cara del muchacho demuestra una ciega confianza detrás de su "parapeto".

MATERIAS SINTÉTICAS ALEMANAS

Cuando, en 1896, Marconi, en la costa de Terranova, después de echar al aire un globo-cometa provisto de una antena, pretendió, aun temblando de entusiasmo y excitación nerviosa, percibir clara, aunque sólo muy suavemente, en la cola del cometa el signo S del alfabeto Morse, que le fué radiado desde Inglaterra, se le tomó por embustero. El 7 de junio de 1922 fué transmitida, por primera vez por radio, una foto de Europa a América. Y en nuestros días ya se está tramitando la vulgarización de la televisión. Cuando, en 1835, fué construido el primer ferrocarril alemán, la Asociación de los médicos de Munich soltó un grito de alarma aconsejando a todos no luciesen uso de esa instalación tan dañosa para la salud y perjudicial para los nervios. Ahora corren a una velocidad que se aproxima a los 160 kilómetros. A principios de este siglo se veían en el tráfico callejero de Alemania los primeros coches motorizados; fueron tomados por instrumentos del diablo. En enero de 1938, el corredor automovilista Carraciola alcanzó en su coche "Mercedes" una velocidad de 437 kilómetros por hora. Cuando, en 1880, Edison presentó a los miembros de la Academia de París el primer fonógrafo, éstos le echaron a la calle porque creían que un ventrílocuo abusaba de su buena fe. En nuestros días presenciamos semejante revolución de la técnica. Sólo hay una diferencia, y es que, comparadas con las invenciones de tiempos anteriores, las innovaciones de hoy se suceden mucho más rápidas y tienen mucha mayor importancia. El tomar, de pronto, una actitud es-

céptica frente a procedimientos revolucionarios, innovaciones técnicas y nuevos productos sintéticos, es muy natural, ya que todo esto significa la ruptura completa con la tradición y uso de muchos años.

La fuerza de la ciencia rompe los monopolios. Y por eso habrán de abrirse paso aún las nuevas materias sintéticas que debemos al espíritu de invención, ya que en muchos casos son mejores que la correspondiente materia prima natural. Recuérdense, si no, a este propósito, los colorantes alemanes de anilina, que todavía a la vuelta del siglo, cuando los químicos alemanes hacían tiempo amenazaban el monopolio del añil natural, fueron considerados como meros productos sucedáneos. Opiniones semejantes son tomadas hoy, y con mucha razón, por signos de una época pasada.

Y es otra vez la historia la que nos enseña que toda una serie de productos naturales fué sustituida por los sintéticos. Recordamos el caso de la seda artificial. Esta ha arrinconado en muchos órdenes a la seda natural, pero además se han descubierto nuevas posibilidades de empleo para estos productos en dominios de la fabricación que parecía estaban reservados exclusivamente a los tejidos fibrosos naturales, especialmente a la lana y el algodón. Lo mismo que la seda artificial, penetra la lana celular no sólo en los campos de la fabricación de vestidos, sino también en otros ramos de la industria, donde hoy día sirve, en grado siempre creciente, para fines técnicos.

La madera, el carbón y la leche no son sino al-

gunas de las muchas materias básicas de las que la ciencia ha creado, en los últimos años, un número enorme de nuevos productos sintéticos, o sea materias de fabricación, el empleo de las cuales, si se compara con el de los productos naturales, trae consigo considerables ventajas. Para alegar ejemplos, vamos a enumerar aquí algunos nombres de la nueva "lista alemana de materias sintéticas": buna, lana celulosa, resina sintética, metal ligero, materias prensadas (baquelita, etc.)... Múltiples son las formas de su aplicación. Es imposible dar aquí la lista completa de los objetos fabricados de materias sintéticas, ni siquiera se pueden detallar aquí los productos que ya fueron sometidos a la prueba del uso práctico de muchos años. Ceniceros, mangos de cuchillo, guarniciones para anteojos, auriculares y botones, vidrios de seguridad y cuero artificial—¿quién pudiera decir hoy de qué material están fabricados todos estos objetos?—, marfil, cuerno de búfalo, carey, ballena, ebonita, mármol, porcelana, muchos metales y maderas preciosas han sido sustituidos en muchos órdenes por estas nuevas materias.

Desde hace tiempo ha terminado en Alemania la época de los ensayos. La aplicación práctica de estas nuevas adquisiciones y conquistas del espíritu humano ha dado en la técnica resultados brillantes, de modo que, de ahora en adelante, se tiende a hacer participar a otros países en la desarrollada ciencia química europea, y en particular la alemana, que se encuentra a su cabeza.

C.

MIGUEL MELLE

SASTRERIA

PELIGROS, 12 MADRID TELEF. 13145

10 por 100

de descuento
en trajes de

SEÑORA

Toda señora que se presente con este anuncio obtendrá un **10 por 100** de descuento sobre nuestros precios



*Un control
permanente*

Un control permanente y escrupuloso acompaña la fabricación de las tabletas de ASPIRINA. El nombre "ASPIRINA" y la cruz "Bayer" en cada tableta, garantizan para siempre su calidad exacta, pureza absoluta y efecto indiscutible en los resfriados, reumatismo, gripe y dolores.

Es útil tener siempre ASPIRINA en casa, pero también es conveniente consultar con su médico a tiempo, pues los resfriados pueden tener consecuencias desagradables.

*En ningún hogar
puede faltar*
ASPIRINA



Aprobado por la Censura Sanitaria a 2021

ENTRE LOS COMEDORES

EL DILUVIO UNIVERSAL ASOLÓ A LA HUMANIDAD

Después nació la leyenda, y de ésta, los extraños ritos de la lluvia

EL DILUVIO

El mandato divino fué cumplido. Rompió sus fuentes el abismo; se abrieron las compuertas celestes; llovió intensamente días y noches. Toda cosa desapareció.

Esto fué a diecisiete días del segundo mes de los seiscientos años de la vida de Noé, mes denominado Bul o Markhesvan, correspondiente a nuestro actual octubre o noviembre.

Por único mundo redimido, el arca.

Crecida indetenible de las aguas; no hay altura que éstas dejen sin cubrir hasta un nivel de quince codos. Como final del plazo expiatorio, la permanencia del arca-mundo en la cima del monte Ararat, un altar de piedra y un holocausto en acción de gracias.

Luego, en diversos países nace la leyenda. La leyenda babilónica dice: "Gilgames, héroe identificado con Memrod, se dirigió a la Isla Feliz para pedir a su bisabuelo Utnapiotim (Hassisadra o Xixentros), patriarca salvado por el Diluvio, remedio a la enfermedad que le aquejaba. Utnapiotim le manifestó que la causa de su dicha estribaba en que en Surripak, antigua ciudad emplazada a orillas del Éufrates, donde vivía, determinarían los dioses Ann, Bel, Minib y Enungi destruir a los hombres en pecado con un diluvio, para purificarlos de su maldad. Que Ea, dios del Océano, le ordenara construir un arca de 120 codos y meter en ella, por parejas, toda suerte de animales".

Escogemos la antecedente leyenda entre las muchas que patentizan al Diluvio entre los pueblos más diversos, viniéndonos a la memoria la tabla de arcilla, escrita en caracteres cuneiformes, hallada por Smith en 1872, que consigna tal acontecimiento, que la misma Grecia describe en la fábula de Deucalión y Pirra, desarrollada en el reinado de Ogirges, el más antiguo rey del Atica; que Persia proclama en el canto de Yima; que la India refiere en el sagrado libro del Satapatha, y América fundamenta en buen número de tradiciones autóctonas.



El horno crematorio; su parte inferior conduce al País de las Tinieblas. El humo, por sus tres agujeros, se enviará al "Polino del Diamante Solar".

ENTRE LOS COMEDORES DE LACARTOS

Ante el insondable misterio de la Naturaleza, que le muestra al desnudo su grado de inferioridad, el hombre primitivo exhibe hondo temor que intenta apaciguar por todos los medios a su alcance, aquietándolo en lo posible merced a su fanática fe en los magos o hechiceros de su tribu, a quienes cree dotados de poder sobrenatural.

El talismán, la plegaria son áncoras indispensables para ampararse en ellas la inferioridad del alma del salvaje. Con ellos estima puede mover a su favor a la divinidad que los inspira.

El Diluvio y la lluvia, su consecuencia apacible, tienen en los ritos de la Humanidad rudimentaria destacado lugar, siendo entre sus gentes

su culto uno de los más expandidos. En gracia al interés y a la concisión paremos mientes en algunos de estos ritos.

AUSTRALIA: LOS "MIERBIES"

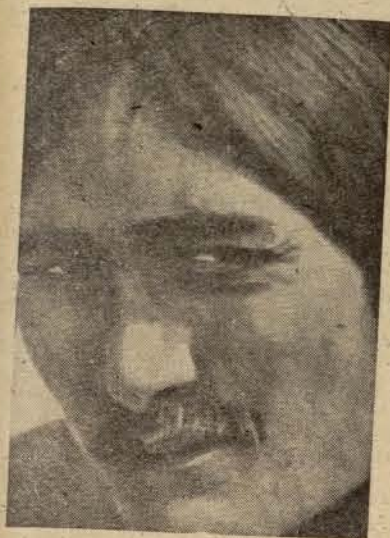
Cuando la falta de agua aniquila las plantas e impide la cría de lagartos y animales similares constitutivos de la principal alimentación de la tribu que nos ocupa, son invocados los Muras-muras o espíritus de los antepasados lejanos, a quienes se atribuye decisiva influencia sobre las nubes.

Sobre la "piel de los muertos", y ante su palacio de adobes, toma asiento el rey de los "mierbies", que intenta el horrible título de "Gran Devorador de la Selva", y del cual son "hijos" todos sus súbditos. La referen-

DE LAGARTOS Y SANGRADORES DE HOMBRES

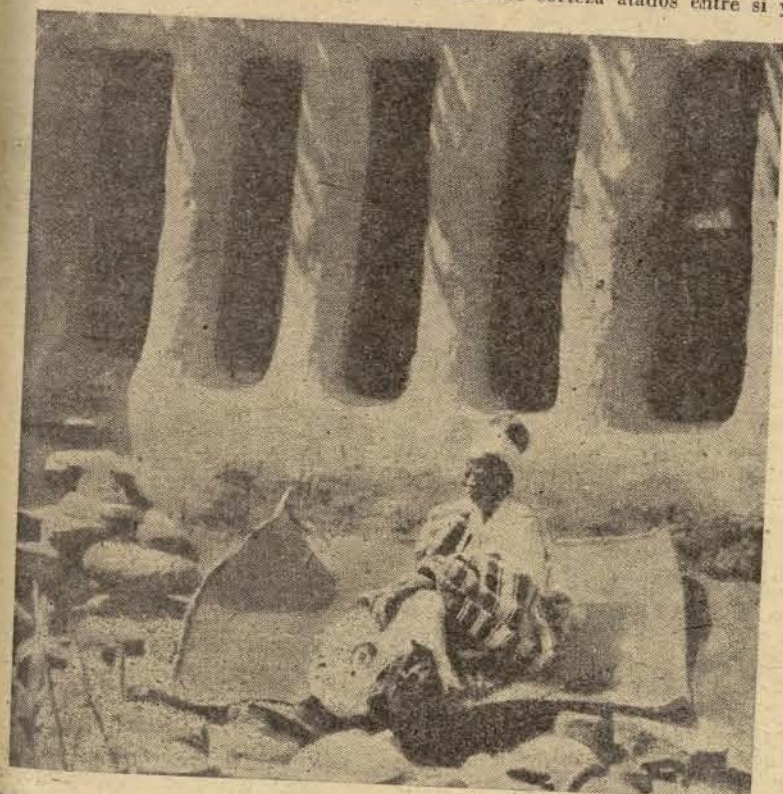
da "piel" está formada por trozos apergaminados de la de los antecesores varones de la familia del monarca, trozos escogidos, precisamente, de los que recubren el corazón, adquiriendo con el ritmo de fallecimientos mayor tamaño dicha piel y siendo así símbolo de pervivencia de las tradiciones dinásticas, sobre las que se asienta la realeza.

A presencia del rey da comienzo el ritual: se cava un hoyo de diez pies



El gesto del "cilcastick" es de dolor en el fruncimiento de cejas. Su brazo ha sido abierto para "la sangría de la nube". En tanto, medita, pasa por su imaginación la cábala.

de profundidad por doce de anchura, se construye encima del mismo una especie de horno crematorio, con acceso en su parte inferior, que conduce al País de las Tinieblas, y tres agujeros característicos destinados a la salida del humo, que será enviado al "Reino del Diamante Solar", donde mora Ayakur, o dios de la lluvia fértil, a fin de impregnarla de la culpa, simbolizada en la res o cordelillo propiciados, que han de ser quemados vivos dentro del agujero antes



Sobre la "piel de los muertos" y ante su palacio de adobes, el rey de los "mierbles". Ostenta el horrible título de "Gran Devorador de la Selva".

deserito, a fin de que sus gritos de dolor puedan ser oídos por Ayakus hasta conmovirlo y hacer caer su llanto de lo alto.

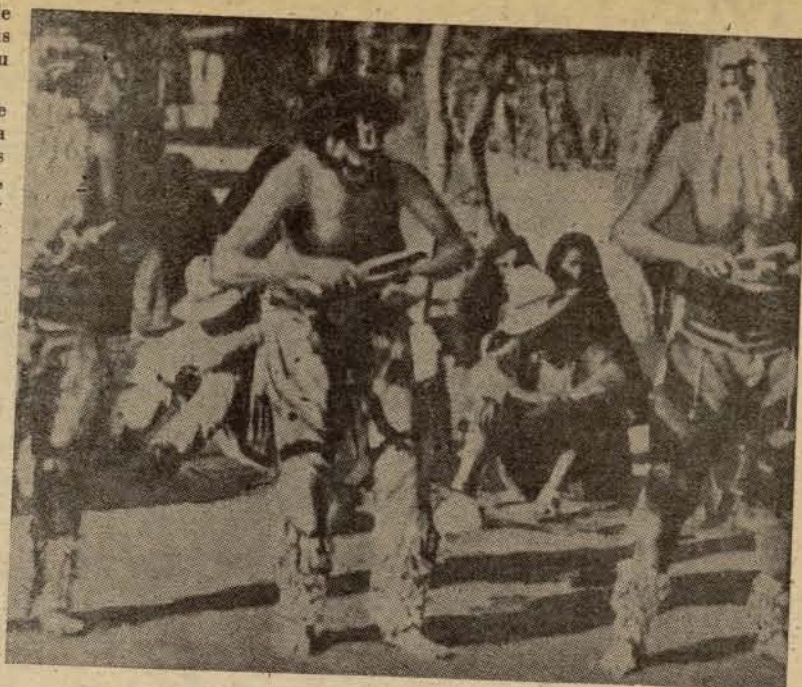
Los hechiceros visten su traje de ceremonia de "oficiantes del Día y la Noche", blanquinegro, como la res destinada al sacrificio. De entre ellos, los que resisten más agua bebida merecerán la distinción de ser los "sacrificadores", pues su victoriosa resistencia acuática es tenida por signo inequívoco de haber sido designados para el aludido fin por el propio Ayakur.

Forman círculo los hechiceros en torno a las "piedras de la invocación", las cuales, dos, una por cada principio procreativo, serán exorcizadas y trasladadas al terminar el rito a la copa del "árbol de la abundancia", situado ante el dormitorio real, en tanto el resto de las gentes del poblado deshacen totalmente el horno y ponen sobre sus frentes cenizas del animal cremacionado, lo que significa arrepentimiento, a la vez que prorrumpen en exclamaciones cabalísticas e inician danzas mágicas, seguidas éstas hasta sentirse bañados los danzarines en sudor e impregnar de éste el terreno; es decir, gráficamente expresado, hasta "llover individualmente". La rotura del horno evoca la de las nubes o "vasos de aire" que guardan el fuego de la voluntad del dios tutelar.

SANGRADORES DE HOMBRES

Los "cilcasticks" mantienen la creencia que puede obtenerse la lluvia sometiendo el brazo derecho a la "sangría de la nube", realizando tal operación en un individuo de la tribu, que con frecuencia se ofrece voluntario, ya que así puede obtener su salvación en la otra vida y volver a ésta cuando le plazca.

Con la sangre se llena, hasta cierta altura, una vasija de madera, añadiéndose a la sangre yeso pulverizado y pelos de la barba del sangrado. Se revuelve la mezcla hasta lograr una masa fluida; se coloca ésta entre los pedazos de corteza atados entre sí y



Los hechiceros visten su traje de ceremonia, blanquinegro, de "oficiantes del Día y la Noche".

se echa al río o a cualquier charca cercana.

Es opinión general que la disolución de la masa origina la de las nubes, que proporcionarán el agua precisa.

Antes de comenzar la ceremonia se encadenan, una por una, las mujeres de la tribu, tapándolas los ojos y ocultándolas de miradas varoniles, pues de lo contrario no daría resultado el rito, y el conjuro perdería su eficacia.

Con la masa sanguinolenta se quieren imitar los nubarrones precursores de la lluvia.

A veces se obtiene la sangría por el procedimiento de violentos combates entre los que se presentan para voluntarios, quienes se atacan con verdadero encarnizamiento hasta extinguir sus fuerzas y dejar empapado el sitio de lucha de sangre y sudor.

En Abisinia, los "eggihoes" luchaban, simbólicamente, sin efusión de sangre, durante una semana entera del mes de enero para conseguir "hacer lluvia". El incesante espoleo de sus instintos combativos llegaba, sin embargo, a suscitar malherimientos,

lo que llevó al emperador Menelick a prohibir tales prácticas, provocando la indignación de los indígenas por coincidir su disposición con una gran sequía, viéndose obligado a dejarla sin efecto.

POEMA LIQUIDO DE LOS CAMPOS

La lluvia, en normalidad pluviométrica, es hartura y paz.

Si se siente sutil y cae convertida en rocío, la semilla, rota su clausura, en maravillosa ambición de fructificar, premia con creces la esperanza del labrantío al recoger la soberanía del sol en la natural orfebrería de las gotas policromas.

Por la lluvia, milagro del cielo, se convierte la tierra en vergel al sentirse tapizada de esas sus admirables estrellas que son las flores; honrada de trojes en la hogareña cantidad del pan.

¡Cuántas páginas habría que escribir para ensalzarla con justicia!

Lluvia, caricia, lágrimas, mensaje que, al ser entendido, desvanece la vejez del invierno, acunador, por ella, de magníficos sueños de primavera.

J. BREMÓN SÁNCHEZ

Forman círculo los hechiceros en torno a las "piedras de la invocación". Después, convertidos en danzarines, "lloverán individualmente", empapando la tierra de sudor.



(Continuación.)

II

A ÚN tenía Kyra fruncido el entrecejo cuando nos pusimos a comer. Le hice algunas consideraciones para consolarla de lo que a mí me parecía un fracaso y para distraerla de sus imaginaciones. —En este asunto no hay ningún misterio, todo está perfectamente claro—añadi.

Ella replicó tranquilamente:

—Amigo mío, ningún asunto en el que se entremezclan pasiones amorosas está perfectamente claro. Soy mujer y puedo hablar de ello.

A las dos y veinte los guardias, con uniformes negros, que rompen la marcha de los Jueces, pasaron delante de nosotros. A las dos y media en punto nos encontrábamos de nuevo en la Audiencia. La Sala estaba más llena que nunca. Una gran multitud se apretujaba, llena de curiosidad. A poco cruzó Borneville junto a nosotros y dirigiendo una mirada a Kyra se encaminó hacia la mesa del Tribunal. Era un hombre pequeño, pero gentil, tenía una larga y aristocrática nariz, bigote recortado y unos ojos negros e imaginativos. Declaró tener treinta y nueve años, de estado soltero y como profesión propietario. Juró con calma, y volviéndose al Jurado comenzó:

—Antes de hacer mi declaración necesito, señores del Jurado, hacer patente mi más profundo sentimiento por haber sido la causa involuntaria de esta tragedia. También necesito poner en conocimiento de usted mi intención de compensar a la familia Castelvetti por las pérdidas que ha sufrido, lo que, convencido como estoy, de la inocencia de Camilo Ostric, lo hubiera hecho, sin embargo, fueran cualesquiera las circunstancias del caso.

—Quelle blague—murmuró Kyra.

Pero yo pude observar que el discurso de Borneville había impresionado al Jurado.

Admitió francamente sus relaciones con la señora de Castelvetti, sin hacer remilgos por ello.

—¿Qué quieren ustedes? Somos humanos. A despecho de la diferencia de nuestras posiciones, yo la amaba, y sigo amándola. Nos hubiéramos casado si su marido hubiera consentido en el divorcio; pero, al parecer, sus ideas no se lo consentían.

—Durante dos años han vivido ustedes juntos. ¿No es eso?—interrumpió el Presidente—. ¿Varias veces requirió usted a Castelvetti para obtener el divorcio?

—Sí, frecuentemente. Siempre que volvía de un crucero.

—¿Volvía, pues, de un crucero a su casa el 10 de septiembre, y la causa de la reunión de ustedes aquella noche del día 11 fué acaso discutir ese mismo asunto?

—Exactamente.

—¿Y fué porque usted tenía a Castelvetti por lo que se hizo acompañar de Ostric?

—Así es. Usted ve que yo no soy un Hércules. Y Borneville miró hacia el Jurado, donde se dibujaron algunas sonrisas.

Después narró cómo tuvo lugar el comienzo del suceso, contando los mismos pormenores que Ostric, no sin añadir una disculpa por su propia y personal conducta:

—En efecto, hui después del primer disparo. Sé que esto parece una cobardía pero me figuré que Castelvetti me seguiría y que yo sería el objeto de sus agresiones.

—¿Pero usted corrió, acaso, en busca de ayuda?—sugirió el Presidente—. Explíquenos usted todo lo que sepa.

—Yo solamente busqué ayuda cuando oí la descarga, pues entonces comprendí que debía haber ocurrido una tragedia, y me pareció que lo mejor era llevar al lugar del suceso, y cuanto antes, testigos independientes. Tan pronto como hube conseguido estos testigos, salté en mi auto y busqué al médico y a la ambulancia. A las seis de la mañana había hecho ya mi declaración a la Policía.

Tanto a las preguntas del Presidente como a las de los abogados y el Fiscal, Borneville apareció imperturbable. Seguía dando la impresión de un hombre en las circunstancias más difíciles, comportándose del modo más correcto. Cuando se le preguntó: "¿Estaba Ostric armado en la ocasión en que usted le llevó a la Villa?", replicó instantáneamente: "Si hubiera creído que las armas eran necesarias no hubiera llevado a Ostric. He servido en la guerra y sé usar un arma de fuego. Yo mismo podía haber llevado una pistola".

Sólo una vez me pareció que dudaba, cuando el

Fiscal le preguntó: "Se nos ha dicho que Castelvetti, antes de disparar, gritó: 'No puedo soportar por más tiempo en este deshonor'. ¿Lo recuerda usted?"

—Puede que sí—dijo Borneville—; ciertamente que dijo algo; pero no puedo precisar las palabras que pronunció. Desde luego, creo que no gritó, más bien parecía que rugía.

Preguntado: "¿No se asombró usted de que Castelvetti golpeara a su propio hijo?", contestó: "No; su hijo se había puesto siempre de parte de su madre".

La declaración de Borneville había terminado.

—Sabe mucho ese diablo—susurró Kyra, mientras le observaba.

Un minuto después la mujer comenzaba su declaración. Estaba vestida de negro y con mucha elegancia. Era alta, esbelta y de pelo negrísimo. Tenía unas manos largas, aristocráticas y expresivas. Sus ojos eran grandes; pero había en ellos un vislumbre de temor. Mas su voz, cuando pronunció su edad: "Treinta y siete años", sonó clara, segura y suave.

—Como viuda de la víctima—aclaró el Presi-

¿Quién mató a Castelvetti?

POR =
WILLIAM WILSON =

dente—, esta señora no tiene que prestar juramento. Pero como declara voluntariamente puede también ser interrogada. Madame, puede usted comenzar su declaración.

La declaración de la viuda convino, punto por punto, con las de Ostric y Borneville. No había la menor discrepancia. Solamente al final el público sufrió una sorpresa, a que Kyra y yo, por supuesto, estábamos preparados.

—¿Cómo es posible—dijo el Presidente—concordar todo esto con su anterior declaración a la Policía, según la cual usted misma confesó haber matado a su marido, y cómo poner esto de acuerdo con la declaración de su hijo, según la cual, en efecto, usted había matado a su marido?

—Puedo explicarlo muy fácilmente—contestó la mujer—; ciertamente lo he declarado dos veces, pues mi intención, ya que yo era la culpable moral del hecho, era asumir la responsabilidad de todo y salvar a mi hermano. Por eso dije a mi hijo...

—Que mintiera, ¿no es eso?

—Sí, que mintiera; pero con una intención disculpable moralmente, señor Presidente.

—¿Pero su hijo lo vio todo, no es eso?

—Oui.

—¿Insiste usted en esto? Usted sabe que el niño ha hecho una declaración diciendo que nada vió, que él ni estaba en la galería y que estaba fuera de la habitación.

—Santiago lo vió todo—aseguró la mujer—; la sugerencia de que no estaba en la galería no tiene sentido.

—Ahora lo veremos—dijo el Presidente.

Unos minutos después, solventando un pequeño incidente provocado por el Fiscal, se presentó a hacer su declaración el huérfano de Castelvetti.

—Tampoco él—dijo el Presidente—puede prestar juramento.

El muchacho, de pelo negro, fuerte y muy alto para su edad; pero no demasiado inteligente, según me pareció, hizo su declaración sin vacilar. Según su declaración, su padre le había herido con la culata de la pistola, vió cómo su padre dis-

paró sobre su madre y la lucha de ambos cuñados y cómo su tío sacó la pistola del cajón. Cuando la declaración terminó, el Presidente volvió a suspender el juicio. Esta nueva suspensión nos pareció a Kyra y a mí algo irregular, y vimos en ella la mano de nuestro amigo el Jefe de Policía. Apenas habíamos tenido tiempo de cambiar algunas impresiones sobre el caso, cuando volvió a sonar la campanilla. Reanudada la sesión, el Presidente se disculpó ante el Jurado diciendo:

—Señores del Jurado, he cometido un error; el hijo de un muerto puede prestar declaración jurada a favor o en contra del matador, por lo tanto, voy a rogar al testigo anterior que repita su declaración; pero esta vez bajo juramento. Entonces Santiago Castelvetti repitió, palabra por palabra, en su segunda declaración lo que había dicho momentos antes, de tal manera, que parecía que repetía una lección aprendida de memoria. A una pregunta del Presidente añadió:

—Lo que dije primero fué para salvar a mi tío, si mentí fué por obedecer a mamá.

—Entonces aquella declaración de que nada vió usted, ¿ya no la mantiene?—interrumpió el Fiscal.

—No, señor Fiscal.

—Se atiene usted, pues, a lo que acaba de jurar.

—Completamente.

Una vez contada su historia, el muchacho se fué junto a su madre, se cogieron la mano, y la mujer comenzó a llorar, mientras su hijo trataba de consolarla. Borneville hizo ademán de acercarse; pero lo pensó mejor y permaneció en su sitio.

Llamé la atención de Kyra sobre aquel cuadro tan conmovedor; pero ella me dijo:

—Ya lo veo, son grandes actores.

Entonces apareció en escena el testigo tal vez más importante.

—Mi nombre, Henry Iquart—declaró el testigo, un hombre limpiamente rasurado, con el aspecto y las maneras de un oficial del Ejército francés—. Vivo aproximadamente a un cuarto de milla de Villa Florida. Hacia las diez menos cuarto de la noche del 11 de septiembre, el Sr. Borneville acudió a mi casa y me explicó que había tenido lugar una lucha. No había podido encontrar un policía y me requería a mí para que le acompañara. Después que el Sr. Borneville me probó su identidad no tuve inconveniente en acompañarle. Cuando llegamos a la Villa salía un muchacho gritando:

"Está muerto; mamá lo ha matado". Borneville dijo: "Vuestra madre no ha podido hacer eso; seguramente no ha sido vuestra madre". El muchacho contestó: "Sí, sí, mamá". Entonces entramos.

El testigo siguió describiendo la escena: Castelvetti por tierra, su mujer sangrando, Ostric intentando vendar la herida y contener la sangre.

—Vimos que el hombre no estaba todavía muerto—continuó—. Borneville, que parecía muy asustado, dijo: "Tengo aquí mi automóvil, voy a buscar un médico y la ambulancia". Se llevó consigo al muchacho y yo permanecí junto al herido.

—¿Por indicación de Borneville?—interrumpió el Presidente.

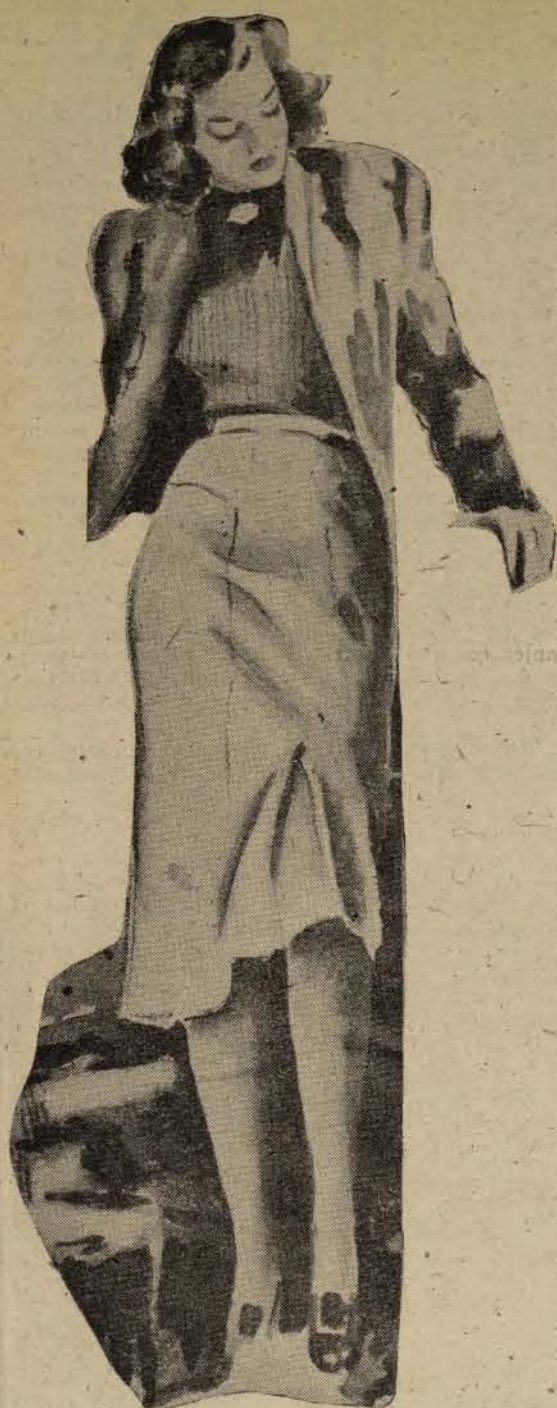
—En efecto. Después que se hubo ido, Castelvetti comenzó a recobrar el conocimiento. Envié a Camilo Ostric en busca de un poco de agua. Durante su ausencia la mujer me dijo: "Voy a decirle a usted cómo ha sucedido; yo he disparado sobre él. Ha sido un accidente, parece como si todos los disparos hubieran salido de una vez de la pistola". Castelvetti parecía querer decir algo, y Ostric ya había vuelto con el agua. "No la crea usted—dijo—; he sido yo." Cuando di agua a Castelvetti éste abrió sus ojos y murmuró: "Me has matado, Camilo". Castelvetti parecía sufrir terriblemente. Hice lo que pude por él. Supuse que allí había habido una terrible pelea. La situación era muy embarazosa para todos. Al fin, volvió Borneville con el médico. Creí que había cumplido con mi deber, y después de entregar mi tarjeta a Borneville abandoné la casa.

III

—Si esto es todo lo que tiene a su disposición el Tribunal—decía yo horas después a Kyra—, la cosa no está todavía muy clara.

Nos encontrábamos en la habitación de Kyra; ella, sentada al pie de su cama, con las piernas cruzadas y un cigarrillo entre los dedos. Yo, cerca de ella, con mi vaso de "whisky" en la mano, y, no lejos de nosotros, nuestro amigo de la Policía secreta.

—Mañana tenemos otra prueba—dije—; pero solamente circunstancial. El principal testigo, uno que oyó decir al muchacho que no había visto na-



da, ha enviado un certificado médico para disculparse de deponer en la próxima sesión. Todo lo que ahora podemos probar es que Ostric a veces llevaba una pistola.

—¿Una pistola—interrumpió Kyra—o un revólver?

—Desgraciadamente, señorita, en el lenguaje corriente en Francia no se distingue entre uno y otro.

—Lo sé, y es lástima. ¿Y los pagos de Borneville a Ostric?

—Siempre ha dado por bueno que él financiara la abacería de Ostric.

—Ese diablo siempre está conforme con todo.

—Excepto con su complicidad en la muerte de Castelvetri.

—Su complicidad y la complicidad de la mujer. Visitó a su hermano aquella mañana, sin duda, para preparar el crimen.

—¿Pero si no ha habido crimen?—interrumpió. ¿Y si todo ha sucedido como ellos dicen?

—En ese caso—me replicó vivamente Kyra—, el cargador equivocado no debería haberse encontrado en el bolsillo del muerto, ni debía existir la afirmación de la mujer de que ella disparó y de que fue un accidente. Tampoco debería existir el chichón en la nariz de Borneville, ni la declaración del muchacho, tan perfectamente aprendida de memoria, y Borneville debería haberse presentado a la Policía varias horas, por los menos tres, antes de las seis de la mañana, en que lo hizo. Además—continuó—, su historia, aunque plausible, no deja de ser ridícula. ¿Cómo es posible que Os-

tric haya arrancado el cajón del buró para sacar la pistola? En el momento en que abandonó a Castelvetri éste hubiera disparado sobre él. Y, además, ahí está Meyrovich, que oyó gritar a la mujer: "Ven, Marcelo"; pero nunca oyó el fuerte golpe en la puerta ni la voz del muchacho gritando: "Papá me ha matado", o la de Castelvetri diciendo: "No puedo soportar más esta deshonra". Y acerca del estado de espíritu de Castelvetri antes de dirigirse a la Villa, ¿no sabe usted nada?

—continuó, dirigiéndose al Jefe de Policía—. Alguien debe haber hablado con él.

—Solamente su padre; pero su padre es la parte interesada, no puede prestar declaración. Por otra parte, Castelvetri fué siempre muy reservado.

—¿No diría algo a su padre?

—Nada de importancia, excepto que tenía una cita con Borneville, quien le estaba molestando acerca del divorcio.

—Por lo visto, Castelvetri no tenía en su ánimo el divorciarse.

—No, señorita. Era muy religioso, y, como usted sabe, un hombre incapaz de llevar las cosas por la tremenda.

—Sin embargo, disparó contra su mujer y la hirió en la pierna—interrumpió.

—Lo niego—murmuré entre dientes Kyra.

—Entonces, ¿quién la hirió? ¿Borneville? ¿Ostric? ¿Tal vez su propio hijo? El propio Castelvetri confesó en su lecho de muerte a nuestro amigo, aquí presente...

—La declaración de Castelvetri—dijo Kyra—solamente prueba que era un caballero y que murió amando aún a su mujer.

En todas las historias detectivescas que he leído, el narrador es un semitestigo de la acción, y así fui tratado yo en la próxima media hora, en la que Kyra y el policía prescindieron de mí para seguir discutiendo acerca de las fotografías de la galería, del comedor, de las pistolas, de los cargadores y de mil detalles más concernientes al suceso.

—Están ustedes perdiendo miserablemente el tiempo—dije—, y temo que con algo de irritación. Concediendo todos los puntos flacos de la historia, y yo los veo tan bien como ustedes, creo que va a ser lo suficiente para el Jurado. No hay manera de echar abajo las declaraciones de la mujer y del muchacho, que son coincidentes, y me parece que el Juez de Instrucción, cuando promovió el proceso, se equivocó de medio a medio.

—¿Cómo puede ser eso?—insinuó nuestro amigo con su acostumbrada cortesía.

—La cosa es clara—dije—. Santiago afirma, y todos los corroboran, que su padre le hirió con la culata de la pistola, y que él comenzó a sangrar. Este golpe ha debido dejar señal...

—La dejó—repuso nuestro amigo—. Y el Juez de Instrucción la hizo examinar por un médico. Era una herida superficial en la cabeza, de ninguna importancia; pero que podía producir una abundante efusión de sangre.

—¿Y podía haber sido producida por la culata de una pistola?

—Muy posiblemente.

Se hizo el silencio, y yo miré a Kyra, siempre fumando, con sus piernas cruzadas y sentada en su lecho.

—Usted es muy inteligente, Gilbert—dijo, al fin—. Casi tan inteligente como Borneville. Pero usted no puede prescindir del hecho de que dispusieron de ocho horas para fraguar la historia y que todos ellos tenían un supremo interés en que Castelvetri muriera.

—No creo que fuera el interés del muchacho—protesté—, ni el de Ostric.

—También el suyo. Económicamente. Recuerde que Borneville es un hombre rico.

—Usted hace del muchacho un monstruo, Kyra.

—El muchacho sigue creyendo que fué su madre; pero cree que miente para salvarla y también a su tío. Por esto miente tan bien.

Otro silencio siguió. Al fin, Kyra dijo:

—¿Qué se sabe de Borneville en la guerra? Parece que se portó bien. ¿Fue alguna vez herido?

—Nunca. Hacia el final estuvo enfermo de los nervios, y tuvo tres meses de permiso; pero volvió al frente y fué ascendido a Mayor por su sangre fría y destreza en preparar golpes de mano sobre las líneas enemigas.

—¡Ah!—dijo Kyra—. Esto es útil para la historia.

Entornó sus ojos y se reclinó durante largo

tiempo, aparentemente entregada a sus ensueños. De pronto, dijo:

—De modo que tuvo que retirarse enfermo del frente, agotado nerviosamente, y, sin embargo, se repuso rápidamente; así también ahora, según Iquart, perdió la serenidad cuando el muchacho dijo: "Mamá le ha matado". También Ostric. No había necesidad de descargar toda la pistola. El asunto está complicado. En Rumania lo averiguaríamos; pero aquí, me temo que no.

IV

Siendo yo juntamente un ciudadano inglés, huésped y amigo de Francia, cuya justicia, en general, es equitativa, experimento ahora, al relatar los próximos sucesos, cierto embarazo.

Cuando Kyra insinuó a nuestro amigo por primera vez su plan, éste dijo:

—Es imposible. La misma Policía no podría llevarlo a cabo.

—Pero si está durmiendo en este mismo hotel—protestó Kyra—. No tengo sino enviarle yo misma un papel.

—Vuestra nota no hará que venga.

—Vendrá, si es culpable.

Después de alguna discusión, Kyra salió con la suya y envió el papel. Pero antes de llamar al criado nos lo enseñó, y aunque mi sentido inglés del *Fair play* protestó, no pude menos de reconocer que era una obra maestra.

—Todo se sabe—leyó—. Mañana, cuando comience el juicio, usted y ella serán arrestados. La Policía está sobre la pista. No trate de buscarme. Mucho cuidado.—Un amigo."

Antes de llamar al criado hizo que nos ocultáramos, deslizándonos en el pequeño cuarto de baño, donde permanecemos medio asfixiados. Oímos que decía: "Para el caballero del número 28. Espere usted hasta que abra la carta; si le pregunta quién se la manda no diga nada. Cuando haya cumplido el encargo, vuelva aquí.

—Muy agudo—susurró nuestro amigo—. Hay mil probabilidades contra una de que seguirá al criado.

Un momento después Kyra apagó la luz de su alcoba. Esperamos, conteniendo la respiración y llenos de nerviosidad. Oímos cómo volvía el criado y a Kyra decir medio dormida: "Merçi; está bien. Mañana, a las ocho, sírvame el desayuno". Cinco minutos después alguien dió un golpe cauteloso en la puerta. Kyra no se movió. Poco después se repitió la llamada. A la tercera repetición, Kyra dijo: "¿Quién es, quién es?", y oímos cómo se dirigía a la puerta. Dió un pequeño grito al abrir la puerta y oímos que decía: "Esto es una locura, una locura. Le vigilan a usted". Entonces se cerró la puerta y nos dimos cuenta de que Borneville había entrado en la habitación a oscuras.

—¿Quién es usted—preguntó. Y por su voz nos apercibimos de que le castañeteaban los dientes.

—Un amigo, le digo. Pero es una locura. Es una locura lo que acaba de hacer.

—Locura o no, aquí estoy. Usted ha escrito que todo se sabe. ¿Qué es lo que sabe? Dígame, dígame.

—Se sabe bastante. Está usted traicionado. La Policía tiene la prueba de que Ostric acostumbraba a llevar una pistola, no un revólver. También tiene la prueba de que el viejo revólver hallado en la tienda no es suyo, sino de usted.

He de confesar que no me tengo por lerdo. Me bastaron, pues, unos segundos para darme cuenta de los propósitos de Kyra en aquel experimento, ciertamente ilegal. Si el revólver era de Borneville y la mujer aceptaba poseer una pistola y se podía probar que Ostric acostumbraba a llevar otra... Sin embargo, aun así, no estaba yo preparado para la sorpresa y el asombro que mostró Borneville.

Cuando Kyra hubo pronunciado aquellas frases mortales, Borneville vaciló y emitió algunos sonidos, como si fuera un hombre a quien una bayoneta se le entrara por las entrañas. Con la imaginación le vi vacilar cuando Kyra insistió:

—La Policía puede probar que Castelvetri estaba desarmado.

—¡Ah!

—Y que ustedes tres planearon su muerte. Saben la verdad acerca de la herida de Santiago y de la de "ella", y acerca de la declaración hecha por Castelvetri moribundo. Lo saben todo, señor Borneville.

(Concluirá en el próximo número.)

LA VIDA DE RAMON Y CAJAL

Todo esto, sus constantes travesuras, su aversión a la escuela, sus frecuentes escapatorias y todas las diabluras y fechorías imaginables en un chico de lo más travieso—él mismo se califica, incluyéndose en el "índice de las malas compañías"—, hicieron pensar a su padre en llevarle a un colegio de frailes donde le corrigiesen y reformasen.

RIVAL DE GOYA

Indeciso aún D. Justo, vinieron dos cosas a determinarle a realizarlo. El joven "Santiagué" estaba, como antes decimos, entregado en cuerpo y alma al dibujo y la pintura. El padre, mirando las obras de su hijo con la natural ilusión y afán, quería creer en el mérito y en que su hijo pudiese llegar a tener un porvenir en el arte pictórico. Pero él no era un técnico y no entendía. Necesitaba que un inteligente dictaminara. Acertó entonces a llegar un cierto pintor para restaurar la iglesia, y D. Justo se apresuró, anhelante, a mostrarle las obras de Santiago a presencia de éste. La sentencia de aquél fué rotunda e iconoclasta: aquello no valía nada, ni el autor, por las muestras, llegaría jamás a ser artista.

Esto, unido a la huida de casa por temor al padre, que se había enterado de sus frecuentes y dilatados "novillos", acabaron por determinar a D. Justo a realizar sus proyectos. Y así, lo llevó a Jaca a un colegio de Padres Escolapios, donde comenzó el bachillerato.

Pero los afanes y deseos paternos se vieron, una vez más, defraudados. El joven Santiago, a los libros de texto, prefirió los tomos de versos y las novelas románticas y de aventuras; por lo que los resultados anuales, calificadores de los estudios, eran nulos o casi nulos. Soñaba—refiere él—con ser, más que un futuro hombre de ciencias, un héroe aventurero o un protagonista exaltado de aquellas novelas que eran pasto voraz y constante de sus ojos y exaltaban su fantasía.

Visto esto por su padre, y visto también su comportamiento en las vacaciones estivales, reverdeciendo todas las travesuras e instintos de chico tra-

que aquel pequeño mundo infantil vivió unos segundos de creciente anhelo y honda emoción. Al fin, vino una explosión enorme que, resonando por todo el pueblo, puso en conmoción al vecindario. Desvanecida la nube de humo subsiguiente al disparo, la nube de chicos pudo apreciar que la "máquina" había funcionado tan bien que hasta había hecho blanco certero en la puerta a que apuntaba, la cual aparecía totalmente destrozada.

El resultado fué que, por una parte, la querrela del hortelano perjudicado, y por otra las autoridades, de acuerdo con D. Justo, para ver de atemorizar y corregir al chico travieso, vino el inventor artillero a ser encarado en la cárcel, en la que se pasó cuatro días.

PELUQUERO Y ZAPATERO

Fué entonces, repetimos, cuando, al salir de la prisión, el padre le amenazó, si no se corregía y cambiaba totalmente de conducta, le quitaba de estudiar y le ponía a oficio. A lo que, atónito, hubo de escuchar que le aplicase al que quisiera, pues había determinado no seguir estudiando.

Grande fué su dolor; pero esperando del castigo un pronto y radical cambio de conducta, adoptó una no menos radical y rauda decisión. Y lo puso a peluquero, y en seguida, y como de más punitivo efecto y más pronta contrición y enmienda, lo pasó de aprendiz a una zapatería. Pero el joven Santiago, tan revoltoso, tan travieso, tan dado a tomarlo todo en broma y tan propenso a reírse de todo, aun de sus propios profesores en sus mismas barbas, siendo por ello la desesperación de éstos, tomó tan a pecho y tan en serio su nuevo oficio y tal a ello se prestaba, que estaba encantado de su aprendiz el maestro, quien llegaba a encomendarle los arreglos de zapatos y botinas femeniles, en cuyos tacones labraba prodigios de ornamentación que eran las delicias de las más encopetadas y distinguidas damiselas dueñas de las mencionadas obras de esta baja artesanía que a él en reparación se le encomendaban.



La mascarilla de Ramón y Cajal, el diploma del Premio Nobel y diversas condecoraciones.

a lo que le ha inmortalizado, fué hombre de estudio y trabajo, consagrado a sus libros, a su laboratorio y a su cátedra. Esto no le impedía dedicar unas horas del día al café, como se recuerda y se recordará mientras existan los de Gijón y del Prado, entre otros, a los que asistía—el elegido de turno—diario. Eso sí, habían de ser cafés apartados, y si no solitarios, de poco ruido y ajeteo. Porque también en ellos discurría y meditaba.

Por cierto que de uno de éstos se cuenta una graciosa anécdota. El camarero que le servía y le conocía se le quejaba frecuentemente del estómago, que le aquejaba, esperando que el sabio profesor le diese un milagroso remedio para su dolencia. Era ello indirectamente; pero viendo que la eminencia médica no se daba por aludido, un día, al fin, se decidió, y así le dijo, derecho y sin rebozo, qué debería hacer él para curarse. "Lo mejor es que vea usted a un médico", le replicó Cajal. Y no fué adustez ni hurañería ni culteranismo de la frase, sino una espontaneidad de su natural modestia y de su conciencia de no ser una panacea universal. Porque el sabio histólogo, además de modesto, tenía a gala ser afable, afectuoso en su trato, y era bondadoso por naturaleza.

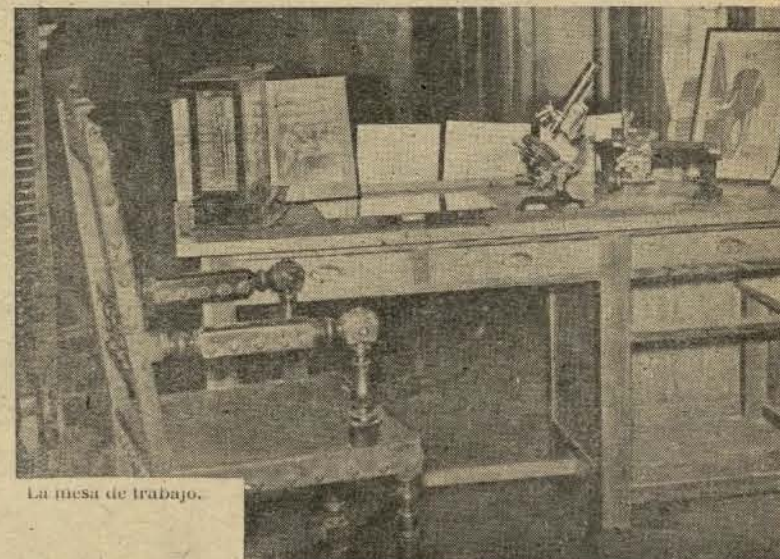
ATLETISMO. ESTO SE ABRE ASÍ

Una de sus debilidades seniles era presumir y alardear de fortaleza. Sobre esta inocente e infantil vanidad se cuenta que hasta sus últimos años subía las escaleras de su casa a grandes zancadas y las bajaba a saltos. Y en cierta ocasión, como le llevaran al laboratorio unas grandes cajas con aparatos y el mozo se viene perplejo para abrirlas, D. Santiago le sacó de dudas diciendo: "Esto se abre así". La dió un puñetazo y la caja quedó abierta.

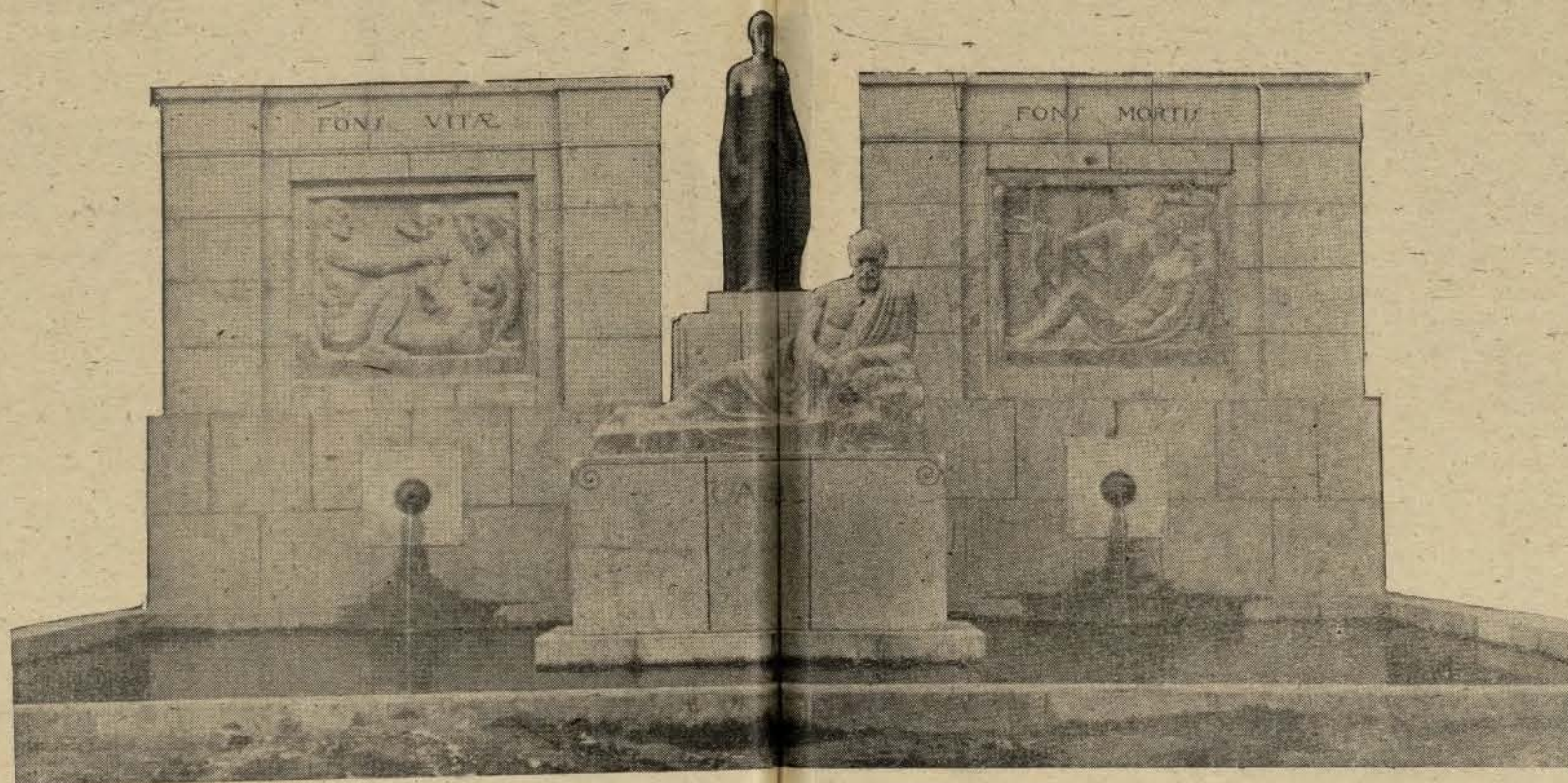
HISTORIA DE UNA VENUS DE MILO

Ex profeso, y para cerrar como con broche de oro este anecdótico, hemos dejado para final esta anécdota, retrato acabado de su figura en aquella época.

En la calle del Cinco de Marzo, de Zaragoza, vivía una muchacha a la que por su linda figura y extremada belleza sus numerosos adoradores estudiantiles llamaban "La Venus de Milo". Uno de ellos era D. Santiago. Y un día, paseándole la calle platónicamente, vino a disputársela otro estudiante. Se desafiaron a estacazos, y el lance se celebró en los atos del Huerva, dejando D. Santiago tan molido a palos a su rival, que hasta tuvo que ayudarlo a levantarse del suelo. Naturalmente, el campo quedaba por suyo, según lo pactado, por renuncia del vencido. Pero nuestro héroe estrecha a éste la mano, quedan amigos, y renuncia también a la Venus, a la que no vuelve a cortejar. Por cierto que la verdadera heroína de aquel lance tuvo un triste final, muy en poética consonancia con el romanticismo ambiente. Murió pocos años después, tísica, sublimada su peregrina belleza con los lirios de la fiebre. LUCAS GONZÁLEZ HERRERO.



La mesa de trabajo.



vieso que transcritas quedan—aunque sólo en parte y con nada recargadas tonalidades su pintura—, el bueno, amante y ya harto cargado de D. Justo hubo de reconvénirle seriamente y aun amenazarle con quitarle de estudiar y ponerle a un oficio si no mudaba de conducta.

INVENTO DE UN CAÑÓN

Ello fué con motivo de una fechoría que acabó de exasperarle: el cañón que inventó, fabricó y ensayó con los resultados que vamos a ver.

De entre el material de albañilería de una obra que en su casa se realizaba, tomó un trozo de viga, la que horadó con una gruesa barrena, alisando después el ánima del taladro con una especie de baquetón recubierto de lija. Lo reforzó con alambre y cuerda embreada; y para evitar que, a la explosión, el tiro reventase por el oído del "arma"—que también había fabricado con otra barrena muy delgada—, lo guarneció con un tubito de hoja de lata de una vieja alcuza. Quiso hasta montar el flamante cañón sobre ruedas, pero desistió porque ello le hubiera delatado; y la "cosa" la llevaban él y toda la chiquillería cómplice, si que también intrigada y entusiasmada, con un sigilo impropio de esa edad.

La prueba se hizo en un huerto propiedad de su padre, apuntando la boca del "obús" a la puerta de un huerto vecino y colindante, bien cargado aquél de pólvora, con una buena pelota de piedra como proyectil, y cebado a toda satisfacción el oído, al que ajustó una larga mecha de yesca.

Con una cerilla puesta en un largo alambre prendió la mecha y huyó a reunirse con la chiquillería, que hallábase congregada en lugar seguro en previsión de cualquier accidente desgraciado, pero expectante y curiosa. Y

PROPOSITO DE ENMIENDA Y REGENERACION

Viendo D. Justo que no lograba sus propósitos, tornóle a la peluquería, a la que mostraba gran aversión. Y tanta era en verdad, que unido ello a una mayor discreción, lograron vencerle y prometer un firme y decidido propósito de enmienda, entregándose de lleno y formalmente a los estudios. Como así fué, aunque no con un ejemplar aprovechamiento. Pero terminó el grado y comenzó la carrera de su padre, al que acompañó en algunas operaciones, donde se le iniciaron los afanes sobre lo que había de elevarla a la celebridad mundial y consagrarle a la inmortalidad.

La historiación de su vida profesional, los rápidos triunfos en su carrera, sus trascendentales conquistas en el campo de la Histología, sus luminosos descubrimientos al microscopio en las células, las preciadas distinciones nacionales y extranjeras alcanzadas por su inigualada ciencia—la más alta, mundial, el premio Nobel—, es labor que está hecha por muchas, muy docas, documentadas y meritísimas plumas. La nuestra, mucho más modesta, sin todas esas ambiciones, sin ninguna pretensión, se ha limitado a espigar, deliberadamente y con este exclusivo propósito, entre lo anecdótico y curioso que hay—como en toda la de los grandes hombres—en la vida de esta gigantesca luminaria del cerebro humano, prez y orgullo de España, para la que tanta, tan inmarcesible y rutilante gloria supo conquistar, asombrando al mundo científico con sus descubrimientos.

VEA USTED A UN MEDICO

Desde que Cajal ordenó su vida y enderezó su actividad intelectual toda

DEPORTES

FUTEBOL Y SUPERSTICION Los colores "gafes" que atraen la de- rrota

En uno de los primeros partidos de la actual competición de Liga, la ponderada pluma de cierto crítico madrileño salió al paso de un comentario, más general de lo presumible, que ligaba la mediocre actuación y el pobre resultado de un equipo de la capital con el hecho de unos colores, distintos de los habituales, que se había visto forzado a vestir para evitar la semejanza con los del Club visitante. "¡Tonterías e insensateces!" afirmó, pleno de sentido común, el crítico famoso—. Se vence o se pierde cuando el triunfo o la derrota se han merecido por juego. El hábito no hace al monje...

Sin embargo, estamos convencidos, su diatriba contra los supersticiosos creyentes en la influencia de los colores "gafes" en el rendimiento de sus ídolos no habrá servido de nada. Y el buen aficionado seguirá temblando cuando vea aparecer por la puerta de los vestuarios once hombres enfundados en el uniforme siniestro.

CUANDO EL MADRID ABANDONÓ EL "MERENGUE"

El Real Madrid no ha sido siempre el equipo "merengue". Hubo una temporada en que la genialidad de los caballeros del blanco armijo que lo representaban en las lides futbolísticas se empalagaron de serlo y decidieron por sí ante sí introducir en el atuendo deportivo algunas modificaciones que estimaban necesarias. No cobraban estipendio alguno por satisfacer lo que en ellos era sólo afición y no medio de vida, y ciertos caprichos no les podían ser negados, porque la reacción malhumorada de uno de los ases podía ser causa de un plante general, temido y corriente en aquella época.

Lo que no podemos asegurar, aunque fuéramos uno de los protagonistas, es si el nuevo uniforme, calzón



El Madrid de 1923-1924, con el uniforme que los jugadores impusieron para intentar relegar al olvido el clásico color blanco.

negro y amplia camiseta blanca de franela, surgió de una serie de resultados adversos, que existieron ciertamente, o del deseo de convertir en más seria la que se estimaba "desahillée" propia solamente de la intimidad de una alcoba. Fuese una u otra la causa, con profundo dolor de D. Pedro Parages, presidente entonces del Club, y más aún de D. Carlos Aparici, tesorero, que veía aterrado un nuevo desmoronamiento, el Madrid varió sus colores clásicos.

El cambio subsistió, durante toda aquella temporada que correspondía a los años 1923-1924. No dió mal resultado, en el plazo de unos meses. Aún se recuerda aquella semifinal con el Athletic de Bilbao en que, después de un tercer partido, de empate, celebrado en el Estadio Metropolitano, se consiguió eliminar al temible contrario. En él figuraban hombres de la talla, física y moral, de José Mari Belausteguigoitia, su hermano Pacho, Larraz y Manolo Vidal.

Pero la buena racha cesó con ese

partido. El más interesante, la final, se perdió en Atocha frente al Real Unión de Irún, capitaneado por el gran René Petit. El resultado, un 1-0, logrado por los fronterizos en forcejeo con el "Trompi" de aquella época, que no era interior como el buen jugador del Granada, sino portero, y nada menos que suplente de Zamora en el once nacional. El buen Martínez salió malparado en su vestimenta. La que utilizaron sus compañeros se arrinconó definitivamente. ¡Tan bonita que era y perder con ella!... En cambio, la Real Unión de Irún, elástica, enlutada, calzón negro y medias del mismo fúnebre tinte, se llevó hacia Amute un campeonato de España más. Si el Madrid llega a lucir su clásico color "gafe", el morado, a estas horas, aun hay quien le achaca la pérdida del título...

EL AZUL Y BLANCO DEL ATLÉTICO

Menos que el seguidor madridista, pero bastante, el aficionado que siente el blanco y rojo del Atlético Avia- ción sabe de la influencia (dejo a mi

querido colega la imposible tarea de convertirle), maligna influencia, que sobre sus muchachos ejerce el cambio de ropa. ¡Señor, si está nada más que a dos pasos el 3-2 que el Atlético vasco le clavó en el corazón! Y ¿cómo es factible que un 2-0 limpio, impecable, conseguido en un primer tiempo de maravilla, se convierta por arte de Birli y Birloque (pareja de interiores de ultratumba) en un descalabro? Y el Atlético que cree en brujas; que lleva unas semanas sintiendo crecer en su ánima la idolatría hacia el mago Sabino que le presentó Julio Cueto, no admite argumentos. Fué el cambio de camiseta. Y menos mal, que si es joven no recuerda...

1920. Julián Ruete, el pobre Julián, presidente, entrenador y paternal protector y confidente de "sus chicos", había dado la campanada. Medio primer equipo era pasado a la reserva, mientras de ésta salían Moncho Triana, Luis Olaso y "Pirulo" Del Río, en la delantera; Quico Marín y Fajardo, en los medios, y el inolvidable "Pololo", en la defensa. El campeonato regional fué un paseo para aquel once extraordinario; el de España, en sus eliminatorias, también. El Real Unión caía ante ellos con una doble derrota en Irún y en Madrid. Ya sólo se interponía entre el equipo más grande que haya tenido el Atlético y el título otro Atlético, el de Bilbao.

Se llevó la final a San Mamés, y el acuerdo fué anatematizado por la afición madrileña. Los muchachos no se amilanaron ante el espectáculo del león norteño en su cubil. Y allá fueron con su entusiasmo juvenil y juego de veteranos, luciendo unas camisolas a grandes cuadros azules y blancos que pusieron el espanto en los que sintieron "mal de ojo" a su contemplación. Que fueron muchos.

La desgracia se inició con la lesión de Triana, el jugador que jamás había tenido, ni en su larga carrera volvió a sucederle, que abandonar, lesionado, el terreno de juego. Y la final se perdió. Como en el caso del Madrid, el nuevo trajecito, que no era nuevo, sino el más antiguo que usó el Club rojiblanco, se guardó cuidadosamente, y en el almacén de Vallecas debe estar esperando que llegue el día de una nueva final con el homónimo vizcaíno u otro de la misma "piel".

José M.ª UBEDA.



Equipo del Atlético madrileño que jugó la final de 1921 y la perdió vistiendo unos colores que no eran los habituales.

CINE

Myrna Loy es una excelente actriz.

Nada nuevo descubrimos con esto. Todo el mundo lo sabe. El todo el mundo que va a las salas de proyección. Es chata, y tampoco descubrimos nada nuevo con esta elemental descripción de una de las características físicas de la simpática Myrna Loy. Ella, en la famosa película *Ella, él y Asta*, y numerosas veces esposa del cínico, pero simpático William Powell.

A Myrna Loy la admiran los hombres y, cosa, rara, las mujeres también la admiran. Es elegantísima dicen. Y al día siguiente aparecen en no pocas ciudades unas cuantas vestidas a lo Myrna Loy.

Fué "vista" por primera vez por Rodolfo Valentino, y he aquí algo que, si no descubrimos nosotros, no deja de ser una innegable novedad para muchos. Y para muchas.

Para muchas que ya empiezan a realizar cálculos sobre la edad verdadera de Myrna Loy. Ocupación ésta que no deja de ser respetable.

Pero entre las cualidades de Myrna Loy destaca una al margen del cine, y es la de su preferencia por coleccionar trajes. Tal vez sea una manía disculpable y en cierto modo merecedora del aplauso general, o quizá una necesidad de vestir su posición de primerísima actriz, o sea usted a saber. Pero lo evidente es que su guardarropa, nutrido él, constituye, se ha dicho recientemente, la envidia de la mujer más exigente.

Para la realización de una película elige nada menos que ocho equipos completos. ¿O sea que es una mujer exigente?



Los ocho trajes de Myrna Loy

pletos. Nada se dice respecto del precio de estos ocho equipos. Seguramente por parecerle al comentador un detalle menor, sin importancia. Se dice, eso sí, costosísimos.

Myrna Loy es en Hollywood una autoridad en esto del vestir. Y si no modelo precisamente en el sentido de profesionalidad de esta palabra, su elegancia sirve siempre de modelo, desde hace muchos años.

De ella se ha dicho: la mayoría de las muje-

res tienen infinidad de trajes en su armario. Pero de todos no sale uno. Myrna Loy puede servir de ejemplo a todas estas mujeres.

Y en esto ni entramos ni salimos; pero no tenemos más remedio que admitir el que, efectivamente, Myrna Loy posee esa elegancia discreta y sencilla que tan grata la hace a los ojos de sus admiradores y que con tanto gusto desearían imitar muchas de sus admiradoras. ¿El secreto? ¡Ah!



GONZALO

PROFESOR

y "Cristina Guzmán,

A nadie sorprende que aquel muchacho, hijo de actores, que considera como suyo el mundo cambiante de las bambalinas, sea a los quince años un segundo apunte perfecto. Tan bueno, que pronto gana, como los contados "ases" del oficio, diez pesetas diarias; más, bastante más que muchos actores de la compañía.

Y como su voz, poco grata, y su dicción defectuosa son inadecuadas para los matices exigibles a un posible actor, nadie duda de que el muchacho ha encontrado el camino, la ruta segura para navegar por la vida.

Pero un día, apenas cumplidos los diecisiete años, Gonzalo Delgrás proporciona a su madre un regular disgusto. Tensa la voluntariosa mandíbula, le comunica su propósito de cambiar de actividad profesional. A los contratos siempre renovados de traspunte con diez pesetas diarias, donde no tiene rival, prefiere el dudoso porvenir de actor con cinco pesetas, si logra algún contrato después del que por amistad acaba de firmar. Y sin una vacilación quema sus naves.

¿Y el equipaje? Al firmar el contrato Gonzalo Delgrás ha dicho muy serio que posee el suficiente. ¿Acaso una afición loca, un gusto artístico innato y una voluntad que no conoce el desaliento no es el mejor equipaje para un actor?

La afición le evidencia el cambio tan perjudicial a sus intereses; el sentimiento del arte lo patentiza aquella naturalidad en la palabra y en el gesto que aún el público no sabe apreciar, envenenado por los latiguillos que están de moda; y la voluntad triunfa, venciendo en penosos, interminables ejercicios de vocalización aquel defecto que parecía cerrarle el paso al escenario mientras el telón estuviese levantado.

Durante algún tiempo la lucha es muy dura. Pero no tenemos materiales para dibujar una estampa conmovedora.

Sería inútil querer pintar a nuestro hombre—luego veremos que sí, nada menos que todo un hombre—, empavorecido ante el incierto porvenir, sintiendo el frío desmoralizador del mañana inquietante.

No hay frío posible—ni siquiera físico—cuando muy en lo hondo arde perenne una llama de ilusión y de arte.

Y para muchos no tiene explicación la suave sonrisa de aquel actor circunstancialmente sin contrata, que se entretiene en el Lyon mordisqueando un palillo; el palillo que suele ser el prólogo o epílogo de una comida y que tal vez en aquel caso es toda la comida.

Cierto que en algunos—breves instantes—los nervios fatigados sueñan en ese oasis de paz—muerte en vida, nómina fija el día primero de mes—de un oficial de Hacienda o de un administrador de Correos en cualquier ciudad castellana dormida al paso de los siglos.

Pero la sugestión miseramente agarbanzada encaminada a anclarle en un empleo, como en las aguas quietas de una dársena, es rechazada por Gonzalo, que se siente con fuerzas para la navegación de altura y sabe saborear la enorme belleza de las galernas.

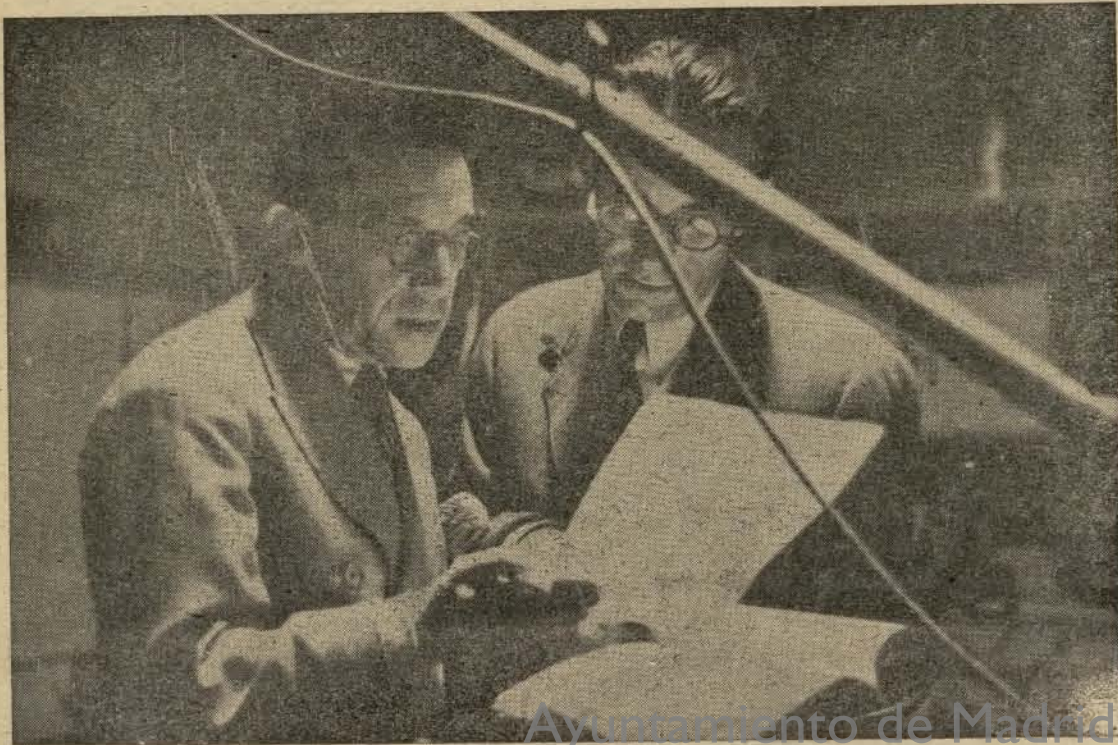
Por fin, el actor español que mejor podía calibrar lo que había de positiva valía en Gonzalo Delgrás fija en él su atención y le llama a su compañía. Siete años de primer galán con Francisco Morano, aquel maestro del buen decir y del buen hacer, incapaz de un gesto excesivo, que sabe también de la elocuencia de un silencio, convertido en realidad aquella promesa de buen actor.

Y cuando se separa de Morano forma compañía con otra actriz, Margarita Robles, exquisita sensibilidad artística, que excitó vivamente al debutar la atención de la crítica y que va a ser—con lazo de la Iglesia—norte y brújula de su vida.

El mismo amor por el arte les marca la nueva ruta. Puertas abiertas a los nuevos valores, a todo lo que significase una renovación del aire enrarecido de nuestro teatro.

Temporadas en Madrid de grandes éxitos, como "Tararí", de Valentín Andrés, y de formidables, más

Un momento de consulta durante el rodaje de "Cristina Guzmán".



Ayuntamiento de Madrid

nific
de
Y
piriti
onza
Inri,
varia
caso.
En
llega
balbu
A
adqu
En
todos
bajen
un ci
Too
so los
pecta
dealle
Y
Goldv
tral e
en Ba
Gon
días d
por la
Al
la se
idioma
tro son
Pero
que lo
Delgrá
duccio
sas, a
Y en
idénti
va pie
por pla
res pel
ciendo
En
tiendo
horas l
parént
tura an
permit
tro cin
Y la
que am
senta.
Delgrás
de incl
ría más
sión sal
La to
Por s
compro
tante la
minaran
porcenta
ción de
derando
más o n
Esper
cine esp
energía
ser un
Ese m
y un día
fiola a l
—no po
no estin
sagrado
¿Don
cubrimie
Dejem
co profe
Guzmán,
Por al
tar los
muchach
Gonzalo

DELGRAS DE ENERGIA

Profesora de idiomas"

níficos fracasos, como *Los medios seres*, de Gómez de la Serna.

Y como fruto de su absoluta compenetración espiritual, escriben la mejor comedia asturiana, *Trece onzas de oro*, que Oviedo aplaude unánimemente; *Inri*, muy alabada por la crítica madrileña, y otras varias, en ninguna de las cuales conocen el fracaso.

En un forzado descanso entre dos formaciones llega una llamada de París. Es la primera etapa, el balbuceo de la sincronización.

A las pocas semanas de su llegada, los dos han adquirido fama de prodigiosos sincronizantes.

En la digestión de la copiosa lluvia de francos todos aprovechan cualquier "take" en que no trabajen para salir de la sala de registro a soborear un cigarrillo.

Todos menos uno—el más fumador—, que incluso los días que no trabaja gusta de asistir como espectador, y está allí horas y horas sin perder un dealle, tensa la voluntariosa mandíbula.

Y un día la oportunidad se presenta. La Metro Goldwyn Mayer necesita un director para la Central española de sincronización que va establecer en Barcelona.

Gonzalo Delgrás se somete a una prueba, y pocos días después sale para España, contratado en firme por la Metro para el nuevo cargo.

Al poco tiempo los doblajes de la Metro española se hacen famosos por su exactitud, como si el idioma utilizado por los actores yanquis fuese nuestro sonoro castellano.

Pero no es una labor friamente mecánica, porque lo más sorprendente es el espíritu con que Delgrás sustituye, al encajarlas, las frases de la traducción literal. Hay películas originalmente insulsas, a las que la gracia del doblaje español salva.

Y en la nueva actividad el mismo entusiasmo, idéntica tensa vigilancia de cazador. Porque la nueva pieza a cobrar está allí, en la disección, plano por plano, machaconamente repetidos, de las mejores películas americanas, cuya técnica se le va haciendo transparente.

En colaboración con su esposa—siempre discutiendo y, al final, siempre de acuerdo—dedican las horas libres a ensayarse como guionistas. Y tras el paréntesis de nuestra Guerra de Liberación, la lectura ante Falcó, gerente de Procines, de un guión permite a éste descubrir un nuevo valor de nuestro cine.

Y la nueva oportunidad, la que nunca falta al que ama la lucha y se prepara para ella, se presenta. Va a rodarse *La tonta del bote*. Gonzalo Delgrás acepta la dirección sin pretensiones. Pierde incluso dinero, pues en el mismo tiempo ganaría más con el doblaje. Pero también en esta ocasión sabe quemar sus naves.

La tonta del bote es el éxito del año 1940.

Por sus últimas declaraciones en *Primer Plano*, comprobamos que hoy día Gonzalo Delgrás, no obstante la serie ininterrumpida de sus éxitos, que culminarán la concesión por el Sindicato del mayor porcentaje concedido a un director por su realización de *Un marido a precio fijo*, continúa considerándose, sin falsa modestia, como un alumno más o menos aventajado.

Esperanzadora opinión para los que amamos el cine español y sabemos que en él—por tesón, por energía y por selección espiritual—está llamado a ser un maestro.

Ese momento llegará—sin prisa, pero sin pausa—y un día admiraremos la obra auténticamente española a la que este hombre, formado por la técnica—no por el espíritu—americana, se lanzará cuando no estime una profanación penetrar en el templo sagrado de la Historia.

¿Don Juan de Austria? ¿La epopeya del descubrimiento de América?

Dejemos, por ahora, a Gonzalo Delgrás, auténtico profesor de energías, entendiérselas con *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*.

Por afinidad, nadie como él sabrá hacer resaltar los matices de este espíritu femenino, de esta muchacha enérgica que jamás pensó en rendirse a



Una escena de *Cristina Guzmán*, con Marta Santa-Olalla e Ismael Merlo, dirigida por Gonzalo Delgrás.

la adversidad, aceptando los caminos fáciles y que sabe decir alegremente en sus horas más críticas: "Yo lucharé, yo venceré", como sintiendo dentro de sí la palabra profética de otra gran Cristina

—Cristina de Arteaga—en una de sus mejores poesías: "Para el alma que espera y que confía, cada próximo día es el mejor".

RAMIRO DE GIJÓN.



Gonzalo Delgrás, atento al rodaje de *Cristina Guzmán*.

Ayuntamiento de Madrid

La ficha biográfica de

FLORENCIA BECQUER

Nació en 9 de junio de 1912, en el Chaco (Argentina), y vino a España a los cuatro años.

En su familia nadie se había revelado artista. Florencia comenzó a manifestar su afición a la danza y estudió ballet ruso y bailes clásicos en Alemania, donde vivió con su familia.

Empezó a trabajar en el cine a la edad de catorce años, con *Malvaloca*, de Perojo, película muda; *Juanela*, *La Hermana San Sulpicio* (muda), *Cuarenta y ocho pesetas de taxi*, *El gordo de Navidad*, *Viva Madrid*, que es mi pueblo, y *Sobre el cieno*, con Fernando Roldán. Recientemente ha actuado en *La aldea maldita*, que dirige Florián Rey. Ahora va a figurar en el reparto de *Un caballero famoso*, con Busch.

Florencia Becquer contrajo matrimonio y dejó las tareas de su arte cuando ya había recibido una oferta de la Metro.

Cuando la preguntamos sobre los actores preferidos de su gusto, para todos tiene una gentileza. De los extranjeros prefiere a Gary Cooper, Leslie Howar y Bárbara Stanwyck.

Es muy casera y gran aficionada a la lectura. De deportes opta por la equitación, el automovilismo, el tenis y el *squíes*. Le agrada mucho el viajar.

RAUL CANCIO

Raúl Cancio es hoy uno de los actores más destacados y solicitados de la cinematografía nacional. Nació en San Sebastián el día 18 de septiembre de 1910, donde aprendió sus primeras letras, cursando luego el bachillerato en Asturias, donde se trasladó con sus familiares. Fue alumno de los Padres Jesuitas de Gijón, donde obtuvo el título de grado de bachiller, pasando a estudiar

La guerra civil española abrió un paréntesis en la carrera cinematográfica de Raúl Cancio; pero llegada



la paz victoriosa y reanudada la producción cinematográfica, llegaron días triunfales para el gran actor, que ha trabajado sin interrupción en *Leyenda rota*, *Caballeros legionarios*, *Harka*, *Escuadrilla*, *Raza*, *Por qué vivir tristes*, *Sangre en la nieve*, *Siempre mujeres*, *Cuarenta y ocho horas* y una serie de películas cor-



tas. Actualmente, su última producción ha sido *Los misterios de Tanager*, al lado de Estrellita Castro.

Es autor, en colaboración con Jaime G. Herranz, de varios guiones cinematográficos, entre ellos *Un violín*, *una voz y un corazón*, adquirida y realizada por la Scala Films, de Roma; *A mí la Legión*, producida por Cifesa.

Es de carácter alegre, cordial y afable.



Raúl Cancio.

la carrera de Medicina a Valladolid, donde aprobó los tres primeros cursos. Pero sintiendo acrecentar la afición que desde muchacho experimentaba por el teatro y desoyendo los consejos de sus familiares, decidió al cuarto año de la carrera y abandonar las aulas para dedicarse a la escena.

Hizo el meritoriaje teatral en la



compañía de Miguel Ligero y Blanca Pozas, y después trabajó con Nogueras, Pepe Alba y Pepe Isbert, pasando posteriormente a las revistas que capitaneaba Faustino Breñaño. Debutó en el cine en el año 1933, representando un papel al lado del malogrado divo Miguel Fleita en *Miguelón*, y consecutivamente actuó en *El último contrabandista*, *Quién me quiere a mí* y *Centinelas alertas*.



Ana Mariscal y Enrique Mejuto en *Vidas cruzadas*.



La hechicera Hedy Lamarr prepara al público una sorpresa en su próxima película Metro-Goldwyn-Mayer.

LAS EXTRAVAGANCIAS DE HEDY LAMARR

La bellísima Hedy Lamarr es una mujer tan activa que apenas si puede permanecer quieta en los descansos de una escena a otra.

Así es. Hedy Lamarr se dedica, entre escena y escena, a las más diversas ocupaciones, tan extravagantes algunas de ellas como la de pintar las patas de una silla y la de cambiar el orden de los muebles.

Así como suena.

Los directores—el último, King Vidor—la dejan ya por imposible.

—Señorita Lamarr, ¿lista?

—Espere un momento. Tan sólo voy a cambiar de lugar este tresillo...

Y la complicada máquina cinematográfica se paraliza en espera de que la señorita Lamarr acabe de cambiar el tresillo.

Lo que no impide que, al concluir esta ocupación doméstica, Hedy Lamarr realice una escena de amor del más puro estilo romántico.

El cine, como en sus principios, continúa produciendo hoy los mismos caracteres extravagantes.



"LA ALDEA MALDITA"

Florencia Becquer y la imaginaria española

Difícil papel de modulaciones para desempeñar el de la protagonista de *La aldea maldita*. Un gesto contraído como un rictus durante toda la intervención en la película.

Recuerda un poco esta cara de Florencia Becquer los modelos de algunas tallas españolas de aquellos gloriosos imagineros del siglo XVII. Como las Vírgenes de Mena o las de Gregorio Hernández, el peso del color surca en arrugas un apesadumbramiento de efecto teatral.

De ahí se desprende lo que los críticos italianos han llamado el hieratismo de nuestra afamada actriz. Sin

embargo, Florencia, que tiene en la vida privada un carácter ameno y jovial, sin dejar por eso de ser seria fundamentalmente, ha sabido acomodarse a estas exigencias del papel.

Como personaje de una creación de Florián Rey, Florencia ha sabido adaptarse la gravedad del argumento y hacer una pareja excelente del protagonista, formando el éxito más decisivo de *La aldea maldita*, producción nacional P. B. Films, que, premiada por el Certamen internacional de Italia este verano, se encargará Chamartín de llevar a las pantallas de los cines españoles durante esta temporada.



GRAFICAS UGUINA
TIPO-LITOGRAFIA

SE REALIZAN TODOS LOS TRABAJOS DE IMPRENTA

Meléndez Valdés, 7 - MADRID - Teléfono 41229

EL PASADO DE ANA

Regresando a su casa una noche, el joven mecánico Gianni Busi encuentra escondida en el ascensor una muchacha un poco equívoca que ha logrado escapar de la Policía: ésta es la historia que ella le cuenta, asustada, y Gianni, teniendo lástima de ella, la hospeda por aquella noche en la modesta habitación que él comparte con un compañero de trabajo.

Así nace sencillamente el amor entre los dos muchachos. Ana vive ahora feliz con Gianni; ha abandonado sus amistades, su vida



pasada, y para ayudar al hombre que ama y del que tanto es amada se ha empleado en una pastelería, donde a veces encuentra gente de su antiguo mundo que querría olvidar.

Un día en que Ana va a esperar a su marido a la salida del taller, encuentra al hijo del director, un antiguo cortejador suyo, que aunque ella trata de esquivarlo, la sigue, la para haciéndole propuestas, y por último los sorprende Gianni mientras él intenta acariciarla. Gianni reacciona vio-



lentemente, pero esto significa para él la miseria, ya que pierde su puesto.

Aun contra la voluntad del marido, Ana vuelve a su empleo en la pastelería, mientras Gianni se adapta a todos los oficios y arrastra innumerables sacrificios para ayudarla.

Reaparece de nuevo el pasado: esta vez es un ingeniero que, declarándose amigo del director del taller del que Gianni ha sido echado, le promete interesarse por su marido y la invita a su casa.

Esperando poder ayudar a su esposo, Ana acepta la invitación. En su



presencia el ingeniero telefona al amigo, que le asegura la admisión de Gianni al trabajo. El ingeniero pretende de Ana el premio por su solicitud. Ana lo rechaza, lucha furiosamente con él, y encontrando a mano un revólver lo toma para asustarle, pero, sin querer, dispara.

Proceso, condena, angustia de Gianni, que sólo cree en la inocencia de su mujer. Desde la cárcel Ana es llevada a la Maternidad; el parto se pre-



senta difícil, y en efecto, purificada por el amor y por el dolor, Ana muere, dando a luz una niña.

Desconsolado y desesperado, Gianni ve hundirse todas sus esperanzas; pero cuando una enfermera le entrega su niña, un rayo de sol vuelve a iluminar su alma y encuentra en el pequeño ser inocente y sin defensa una nueva razón de vivir y luchar.

EL MADRID DEL ORGANILLO

Para mucha parte del público que no pertenece a la generación actual fué todavía un motivo que presenciaron en su juventud el ambiente madrileño del 1900. Los organilleros poblaban las calles con su manubrio, y por una moneda de cobre alegraban con sus aires de "polkas", "mazurkas" y "habaneras" los obradores de modistas, que abrían sus balcones esperando la visita cotidiana del concertista callejero.

De esa época y ambiente, como un recuerdo que ya se fué, la película *La rueda de la vida*, producción Suevia Films, que ha dirigido con singular acierto E. Fernández Ardavín, ha sabido recoger las estampas más pintorescas de aquel Madrid verbenero y alegre. La simpá-

tía de Antoñita Colomé, que es la protagonista de la película, y las luchas por conseguir un triunfo artístico, representadas por Ismael Merlo, resumen en el argumento una aventura amorosa de aquel entonces, con el amor imposible que se fragua tras una simpática aventura entre los dos jóvenes.

La rueda de la vida es una película española de neto sabor madrileño, a cuyo acierto contribuye también el donaire de Pedro Barreto y la fina caracterización de Gabriel Algara, representando un empresario teatral muy adecuado a la época. Prontamente será presentada esta cinta, que obtuvo un premio de la Cinematografía Nacional, por la Distribuidora Chamartín.



PREGUNTE LO QUE QUIERA

(Pero no se olvide de enviar el cupón)

DIEGO MIRANDA.—Veremos películas de las dos marcas que usted cita y de otras norteamericanas. Esa actriz española no creo que la veamos por aquí. Las biografías de Eleanor Powell y de Olivia de Havilland se publicarán próximamente. No podemos dedicar más espacio a esta Sección que el que nos marca el director de la revista.

EL DUENDE.—Vamos a procurar complacerle hasta donde podamos; pero otra vez no pregunte tantas cosas a la vez. Rosita Yarza: "Primer amor", "A mí no me mire usted", "El hombre que se quiso matar" y "Malvaloca". Roberto Font: "El pobre rico" y "Se ha perdido un cadáver". Maruja Tomás: "Verbena", "Rosa de África" y "Pepe Conde". Imperio Argentina: "Cinópolis", "Su noche de bodas", "Morena Clara", "Nobleza baturra", "La canción de Aiza", "Tosca" y "Goyescas"; entre otras, y sin contar las que hizo en mudo, como "La hermana San Sulpicio", que interpretó también en sonoro. Lina Yegros: "Sor Angélica", "Unos pasos de mujer", "La

bien pagada", "Un marido a precio fijo", entre las principales. Pepe Nieto debutó con "La Bejarana", y desde entonces ha intervenido en numerosas películas en España y América; las más recientes son "Escuadrilla", "Raza", "Eramos siete a la mesa", "Boda en el infierno" y "Aventura", ésta sin estrenar aún. Estrellita Castro: "Suspiros de España", "Torbellino", "Los misterios de Tángier", etc. Juanita Reina no ha hecho hasta ahora más que "La blanca paloma", recién terminada. No es cierto que la artista que nombra falleciera. Se encuentra en América por razones fáciles de comprender. Este consultante desea cambiar correspondencia con aficionados al cine. Dirigirse a Antonio Pérez, Fábrica de Tabacos, Portería, Málaga.

MARCO.—No poseemos absolutamente ningún dato sobre la artista que cita. Quizá haya usted escrito mal el nombre.

PALMITA.—Antes era Ramos de Castro ese locutor; ahora ignoramos el nombre de la persona que ejecuta esa labor. Ordinariamente, una carta de Hollywood tarda un mes, aproximadamente. En las actuales circunstancias, ¡cualquiera lo sabe! Veremos probablemente el primero de los tres films que cita.

G. R. T.—Coincidimos con su opinión; pero no podemos evitar que ese autor continúe escribiendo para el cine.

GRETILLA.—Conforme a sus deseos, hemos enviado su fotografía a la Casa Cifesa, junto con las señas. El que la incluyan o no en el Concurso ya no es tarea nuestra.

E. DÍAZ.—Envíe las cuartillas y le diremos lo que, a nuestro juicio, puede hacer con ellas.

LA SEÑORITA DE CIUDAD ENCANTADA.—Para ser artista de cine hay que ser eso: artista; y para ser admitida en los Estudios hay que ir a las Casas productoras a solicitar trabajo como "extra". Y si se lo dan, ¡pues ya está!



Conchita Montes y Julio Peña, protagonistas de la superproducción nacional *Correio de Indias*, producción C. E. P. I. C. S. A., que en breve presentará Hispania Tobis en toda España.

CUPON DE CINE NUM. 130

Valedero solamente del 21 al 28 de noviembre

TEATRO

LA ETERNA JUVENTUD DE ENRIQUE BORRÁS

El día que el gran actor se encuentre viejo se retirará del teatro

—¿Pero usted se creía que yo era más viejo que Matusalén?—me dice D. Enrique, fingiéndose un poquitín enfadado.

Mi equivocación ha sido espantosa. El portero me había dicho que Borrás tenía su "camerino" en el mismo escenario, un "camerino" que le han improvisado para que no tenga que subir ni que bajar escaleras, y a él he ido derecho. Pero al llegar a la puerta me he encontrado con un señor de buenísimo aspecto, si no joven, tampoco viejo, y claro, no se me ha pasado por la imaginación que pudiera ser D. Enrique.

—Perdone—le he dicho—. Creí que era éste el "camerino" del Sr. Borrás. Me he debido equivocar, porque usted es mucho más joven que D. Enrique...

Y D. Enrique entonces me ha descubierto el juego, y ligeramente enfadado—sólo en la forma, me consta que en el fondo no—me ha preguntado lo que más arriba queda escrito.

—¡Caramba con la fama de viejo que tengo!—exclama ahora, ya más tranquilo.

—Es que no es usted ningún niño, D. Enrique...

—Pues claro que no. Como que nací en el año...



Bueno, ¿qué importa el año en que nací? Lo interesante son los años que tengo, y tengo, tengo...

—Pero, D. Enrique—cortamos—, ¿qué importan los años que tenga? Si usted es eternamente joven.

Y es verdad. Este nuestro gran trágico, actor de los que mayores jornadas de gloria han hecho vivir al teatro español, tiene una juventud eterna. Borrás, en el transcurso de los años, se ha convertido en una institución del teatro. El ha recorrido en triunfo todos los escenarios de España y América, dando a conocer obras de Lope, de Calderón, de Tirso..., de todos nuestros clásicos; él ha hecho lo que ningún actor del mundo pudo hacer: dar 48 representaciones consecutivas de *Otello*, de Shakespeare; veinticuatro días haciéndole tarde y noche, y siempre con iguales bríos, con igual prestancia, con exacta majestad...

—¿Piensa usted estar mucho tiempo en Madrid?

—¡Ay, amigo mío! Yo no quisiera irme nunca de Madrid; pero no sé, no sé... En realidad, he venido a hacer solamente *El Gran Galeoto* y *Alcalde de Zalamea*.

—¿Y *Tierra baja*?...

Tierra baja es una de las obras que le piden en todas partes, porque en ella realiza una de sus mejores interpretaciones.

—No sé si se repondrá—me dice—. Aunque le advierto que lo desearía, para demostrar a la gen-



te que todavía conservo la agilidad de antaño, y que doy el salto a la mesa con la misma facilidad de hace veinte años.

—Eso es señal de que se encuentra usted joven y fuerte.

—Afortunadamente. Y no crea usted que hablo en vano. El día que yo me encuentre viejo o que no pueda dar ese salto de *Tierra baja*, me retiraré.

Y lo dice con tanta seriedad que me hace creer que hará lo que piensa. Y ya que ha salido a relucir *Tierra baja* y el famoso salto, diré que en una representación recientísima que dió de la obra, la gente, asombrada, premió con una ovación la agilidad de Borrás, y entonces él se volvió al público y le dijo: "¿Pero os figurabais que ya no podía dar el salto?"

—¿Qué hechos más salientes recuerda usted de su vida, Borrás?

—Muchos. Una de las cosas que mayor sensación me causaron fué mi debut en la compañía de Tutau y Carmen de Mena, con el *Gran Galeoto* precisamente.

—Será de las obras que tenga usted más cariño.



—Sí. Pero le voy a decir que me gusta más *En el seno de la muerte*, que para mí es la mejor obra de Echegaray. Recuerdo que haciéndola una vez en Murcia, en la escena final, cuando estaba agonizando en el suelo con la cabeza en las manos de la protagonista, noté que se me salía la peluca, y en mi obsesión, en vez de decir "en el seno de la muerte", que era el verso final de la obra, dije: "Que se me cae la peluca".

Borrás ríe de buena gana. ¡Cuántas cosas de éstas no suceden en el teatro!

—¿Qué opinión le merece el teatro actual?

—Muy buena. No creo que haya decadencia de ninguna clase. Tengo fe en la juventud, porque la juventud puede con todo.

—¿Son ciertas, D. Enrique, esas cifras, casi fabulosas, que dicen que usted ha ganado?

—No creo que sea motivo de fábula. He ganado mucho, horrores; pero también he gastado bastante. Desde que salí de Badalona, mi pueblo, siendo todavía un niño, ¡calcule lo que habré ganado y lo que habré gastado! Solamente los decorados que tengo en mi almacén de Barcelona me costaron hace algunos años 70.000 duros.

Y cuando vamos a comentar la cifra, se aproxima Rafael Rivelles, que viene de su "camerino", envuelto en una bata, y Ruiz aprovecha la oportunidad para tirar unas placas. Rivelles, observando que también Borrás se abriga con una bata, comenta oportuno:

—La gente que vea la fotografía se va a figurar que somos unos convalecientes.

—O unos señores muy cómodos—termina Borrás sonriendo.

Y en su sonrisa nos muestra toda su eterna juventud. La eterna juventud de D. Enrique Borrás, dueño y señor de la escena, caballero del teatro y de la vida.

JUAN DE DIEGO.



Principios de moda



Ayuntamiento de Madrid

Para tí, mujer

SECCION DE GRAFOLOGIA

por SELENA

Rogamos a cuantos lectores deseen conocer su carácter por medio de sus rasgos caligráficos que envíen a este semanario, y dirigida a Selegna, Sección de Grafología, una carta de quince a veinte líneas manuscritas.

No son válidas aquellas escritas a lápiz, sobre papel rayado o con ayuda de falsilla, ni tampoco los trozos copiados, ¡por muy escogidos que ellos sean!

ANDRES MELLADO.—¿Por qué dudar por anticipado, si resulta tan fácil el convencerse después? Apariencias de estar enterado de todo, y en la realidad dudas sobre todo. Gran amor propio, voluntad desigual, afán de dinero, muy impulsivo; pero todos sus proyectos quedan en esbozo. Esas vacilaciones, que oculta, pero que actúan muy en el fondo, tienen la culpa de ello.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS.—¿A qué disfrazar su juventud impulsiva, llena de grandes y buenas aspiraciones, su corazón sensible y generoso, sus timideces, egoísmos y torpezas con ese seudónimo un tanto decadente? Además de esas pincladas que no pueden ocultar eres un tanto arbitraria y dominante. Temperamento llevado fácilmente hacia las rabietas...

ESCALA ROTA.—En este momento sufres una tremenda depresión nerviosa que destaca en todos los rasgos de tu grafismo y emborrona un tanto las otras características de tu temperamento. Cuando hayas vencido esa ola salada que parece te arrastrará vuelve a escribirme. Sólo me resta indicarte que tengas fe en un porvenir mejor.

DE UNOS A OTROS

A LOS LECTORES DEL SEMANARIO.—Unas muchachas graciosas, simpáticas... (y cuantos adjetivos se les ocurra añadir, pues todo se lo merecen), acuden a nosotros solicitando cambiar correspondencia con muchachos graciosos, simpáticos, ídem ídem ¡dem!

ROSA BEL.—¡Bonito seudónimo! ¿Verdad? Es romántica. Le entusiasman los versos y la música, y dentro del gráfico de las edades prefiere aquellas que oscilan entre los veinticuatro y los treinta años. Por nuestra cuenta añadimos que aun cuando se peque por defecto o por exceso...

M. A. GONI.—Es una magnífica humorista. En imaginación ha dado varias veces la vuelta al mundo. Sueña con paisajes y seres exóticos y costumbres extrañas. Un discípulo de Salgari la entusiasma.

DOS MALAGUENAS.—Son unas muchachitas aplicadas. Con ellas pueden tratar toda clase de temas —poesía, viajes, cine y deportes y etcétera—. Ahora bien, el correspondiente será un fenómeno en la taquigrafía de "Martín Estala". La correspondencia se cambiará por este medio.

DOS ADMIRADORAS.—Dejan para más adelante el imponer condiciones. Sin embargo, insinuaré que unos émulos de "el Tostado" tendrían grandes probabilidades de triunfo.

Suplico a los lectores, que deseen cambiar correspondencia con estas señoritas que me dirijan sus cartas. En mis carpetas guardo las direcciones y serán inmediatamente remitidas a su destino.

VARIOS MUCHACHOS SENTIMENTALES DESEAN intercambio de correspondencia con lectoras de este semanario que posean esta misma "cualidad" y una dosis grande de cultura. Todas aquellas simpáticas de nuestra revista que deseen mantener este correo pueden enviarnos sus señas a este Consultorio.

Varios voluntarios de la División Azul desean madrinadas de guerra lectoras de este semanario. Se prefiere las que manden foto y escriban mucho. Feldpost, núm. 29.908. José Vindés García. División Española. Correo Militar Alemán.—Y Feldpost, núm. 26.341-B. Sargento Evaristo Asen Vilan; cabos Jesús Santiago Hernández y Emiliano Camacho Díaz; soldados Jesús Clemente Conde, Antonio Rosales Carrasada y José Trillo Figueroa.

LAS CONSULTAS PARA ESTA SECCION DEBEN SER DIRIGIDAS A "TAJO", ALCALA, 128. MADRID, HACIENDO LA INDICACION DE "CONSULTORIO SENTIMENTAL".

CONFIDENCIAS A MI REJA

INTRANQUILA.—Si tuviera, por tu parte, la certeza de una contestación sincera, mi respuesta se limitaría a una pregunta: ¿Para qué?

Como dudo, no de tu sinceridad, pero sí de que sepas a qué obedece esa inquietud que no te deja vivir, examinaremos juntas el caso. ¿Has meditado en los complejos, en las pasiones que te mueven, que te llevan a ese obsesivo "¿Yo quiero saber!"?

En el "querer saber" puede jugar un impulso vital, un ansia pura de conocimientos. En ese caso, mi aplauso. Por tus frases atormentadas presiento que es otra la causa de tu inquietud. Posiblemente, para ese noviazgo tuyo tan anormal, tan "plácido", busques temas de sufrimiento en un afán masoquista de sentirte temer. Y quién sabe qué defraudada te encontrarías cuando hubieses de convencerte de que la ventana abierta de ese "querer saber" sólo te descubre un paisaje limpio y terso. El "querer saber" entraña muchas veces—no quiero insinuar que en ti ocurra así—una pequeñez moral que necesita una moral aún más pequeña para levantarse en censora.

No, amiga mía, no quieras saber de esa manera. Lo de ayer vendrá a ti sin que lo busques. La semana pasada hablábamos de la felicidad. Conserva la tuya, normal y placida. ¿Qué más puedes pedir en este mundo alucinante e inquieto? ¡No vivas para saber de esa manera! Vive para amar, y vencer, y perdonar. Aléjate de lo negativo, de lo feo, de lo triste. Pero, en realidad, ¿a qué seguir? Somos tan absurdas, que vivimos de lo que no tenemos. Y tú vienes pendiente de una pregunta, a lo que veo, sin consistencia.

Pregúntale. Y si tu novio tiene imaginación y es psicólogo te hará feliz contándote un pasado tenebroso que... ¿te quitará de verdad el sueño? Volverás entonces a escribirme dolorida. Volveré a contestarte. Siempre tu amiga.

LUZ NEGRA.—Sospecho que has visto los "Topolinos", y hasta podría indicar, como si fuese una vulgar adivina, has estado con "él". Tu problema, amiga, es tan viejo como el mundo, pero te parece nuevo porque es tuyo. Llevas razón en creerlo así. En lo que estás equivocada es en la forma de proceder. Aléjate sin escenas calderonianas ni excesivos... "¿Y a mí, qué?". Si esa remota esperanza de la que tú vives tiene consistencia, entonces él volverá. Si no... Busca nuevas actividades. Te aseguro que se puede hacer mucho bien.

LELIA.

VOSOTROS Y EL MAGO MERLIN

Comienzo contestando a tres consultantes que me han honrado con sus cartas:

JUANITA.—Usted, señorita, es un tipo destacado sobre cuya vida gravita la influencia de marzo. Su cualidad principal es la verdad, la rectitud. Debe cuidar, sobre todas las enfermedades, aquellas que se reflejan al corazón, a la circulación de la sangre. Logrará los triunfos en la vida mediante su voluntad, su enorme energía. Tiene disposiciones especiales para los deportes. Será feliz con hombres que hayan nacido en la primavera. El número que le trae suerte es el 3, y dentro de la semana, el martes. El color que prefiere es el rojo; su metal, el hierro, y la piedra, el rubí. Si me atreviese le aconsejaría se maquillase en rosa oscuro y que los perfumes que utilizase tuviesen aroma de tabaco rubio. ¡Encantado de haberla servido, señorita!

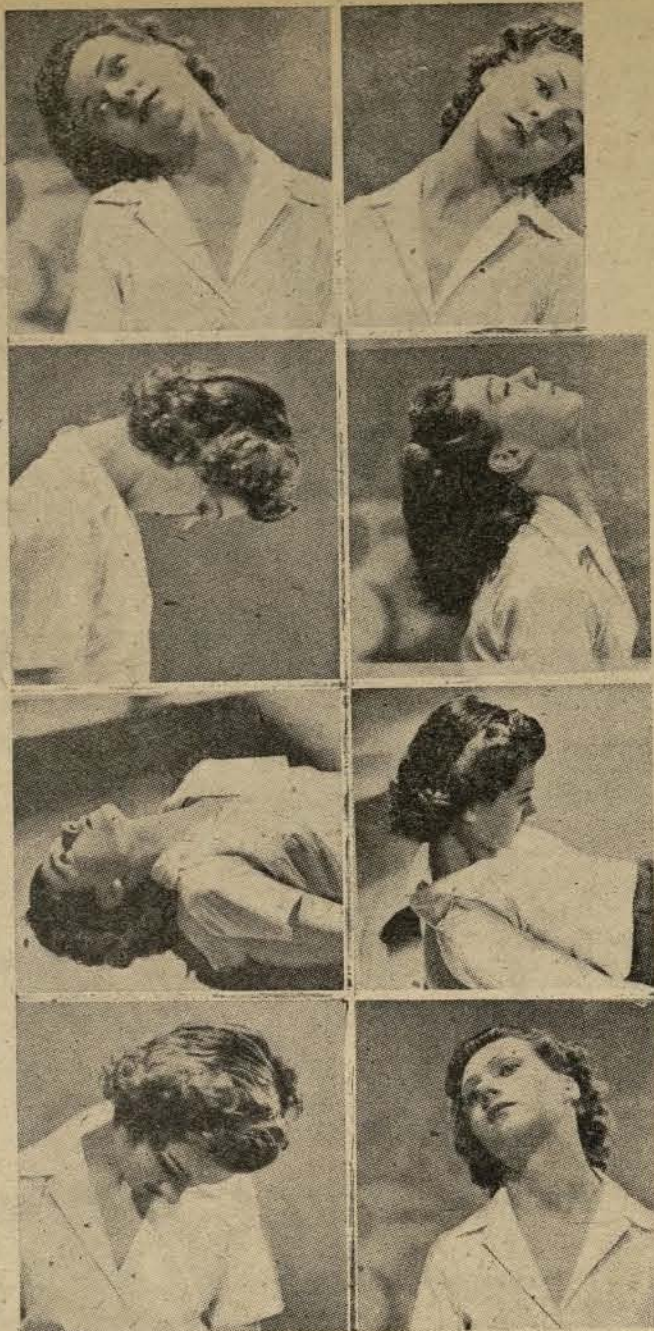
JUAN SIMON.—No puedo contestarle porque su carta, ¡tan larga!, no reúne las condiciones requeridas. Necesito conocer su nombre, que me indique exactamente fecha y mes de su nacimiento, así también como lugar. ¡Espero, pues, la suya!

CUPON N.º 2

Es imprescindible acompañar este cupón en cuantas consultas se realicen a cualquiera de las secciones de nuestro semanario. Válido solamente del 21 al 28 de noviembre.

Todos los lectores de este semanario que deseen hacer alguna consulta para cualquier Sección deben acompañar el cupón adjunto:

FRENTE AL ESPEJO



BELLEZA DEL CUELLO

PUNTUALIZABA la frase ponderativa: "Esa joven tiene un cuello maravilloso, de cisne". Y el cuello maravilloso, de "cisne", es un cuello largo, bien formado, con flexibilidad y con gracia para levantar la cabeza e inclinarla y volverla con arrogancia, con picardía. Sobre el cuello la cabeza es la flor, y sobre una rama disgraciada la flor se nos antojaría menos bella. Es preciso dedicar al cuello una gran atención; además de embellecerlo, se evitarán las torticolis, los reumatismos, etc.

Veamos ahora, guiándonos por las fotografías, los ejercicios a que hemos de someter el cuello.

Poco a poco, sin bajar la cara, inclinad la cabeza hacia el hombro derecho y luego hacia el izquierdo. El ejercicio será perfecto cuando toquéis con la cabeza el hombro.

Echad la cabeza hacia atrás tan lejos como sea posible y luego traedla, de un solo movimiento hacia delante, de forma que la barbilla toque el pecho. La boca debe permanecer cerrada.

Un cuello flexible es un cuello fuerte. Para conseguirlo echad en el suelo, colocado un almohadón debajo de la espalda y dejad caer la cabeza tan lejos como os sea posible; luego traedla hacia adelante, de forma que la barbilla toque con el pecho. Este movimiento, semejante al que hacéis de pie, es más duro.

Imaginad que vuestra cabeza está colocada sobre un pivote, y sobre ese pivote imaginario hacéla dar vueltas hacia la derecha y hacia la izquierda, lanzando la cabeza lo más lejos posible a la derecha, a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás.

Todos estos ejercicios deben hacerse muy lentamente y repetirlo cada uno de ellos diez veces. Resulta muy conveniente efectuarlos ante un espejo para comprobar la perfección de los movimientos.

Si sois constantes, puedo predecir que aun cuando vuestro cuello no sea largo, como el del cisne, tendrá la gracia y la agilidad del ave ejemplar.

MARGARITA VISTE SUS "GALAS DE MUJER"

MARGARITA ha vestido, por fin, eso que los cronistas de sociedad llamamos eufóricamente "sus galas de mujer". Margarita ha pasado largas horas esperando ese momento emocionante de la vida de toda muchacha. Margarita tiene diecisiete años, un tipo ágil y esbelto, maravilla de flexibilidad y de gracia, y unos ojos grandes y misteriosos, de tonalidades extrañas, entre el azul y el verde.

Gran día en la mansión de Margarita. La mamá le ha regalado el vestido de "mujercita"; el papá, una magnífica sortija de platino; desde sus remotas habitaciones, la abuela ha traído a la nieta una bella pulsera de su época barroca. Más regalos. El hermano mayor, las primas, las amigas...

La fiesta de "presentación en sociedad" resulta maravillosa para Margarita. Está bellísima, con su traje azul pálido y sus grandes ojos que miran ansiosamente en todas las direcciones, queriendo captar hasta los más nimios detalles de esta fecha para ella imborrable. Todos los chicos que asisten a la reunión se muestran simpaticuís'mos con ella; por primera vez en su vida, las amigas encuentran algo elogiabile en ella, y hablan con admiración de sus dotes físicas y morales. Cuando termina la fiesta, Margarita está rendida. Ha bailado con casi todos los chicos de la reunión; se ha dejado retratar una docena de veces en el centro de los distintos grupos de sonrientes chicas y chicos; ha intervenido con bastante ingenio en las conversaciones de las personas mayores; incluso ha discutido con un banquero, amigo de su papá, de los problemas sociales...

Y cuando llega la noche, Margarita reza sus oraciones y se acuesta feliz. Sueños maravillosos desfilan en una procesión rutilante por su cabeza. Ya es una mujer. No tendrá que quedarse en casa cuando los papás vayan a alguna fiesta. ¿Cómo se le declarará el primer hombre que le hable de amor? ¿Como en las novelas que ella ha leído? Quizá como en las películas, donde se usa un lenguaje menos florido y no hay largos parlamentos de amor... De todos modos, Margarita espera que ese momento sea interesantísimo. Ocurrirá también que ella se enamore de alguien. Margarita tiembla, en sueños. Pero no es fea; hasta las amigas hablan de su simpatía como de algo suyo característico. Margarita vuelve a sonreír...

Pasará mucho tiempo. Margarita se hará mujer; se casará y tendrá hijos, y hasta nietos. Pero siempre, como una fecha felicísima, perdurará en su memoria el día en que fué presentada en sociedad, hace años y años...

F. DE VELASCO.

NOTAS

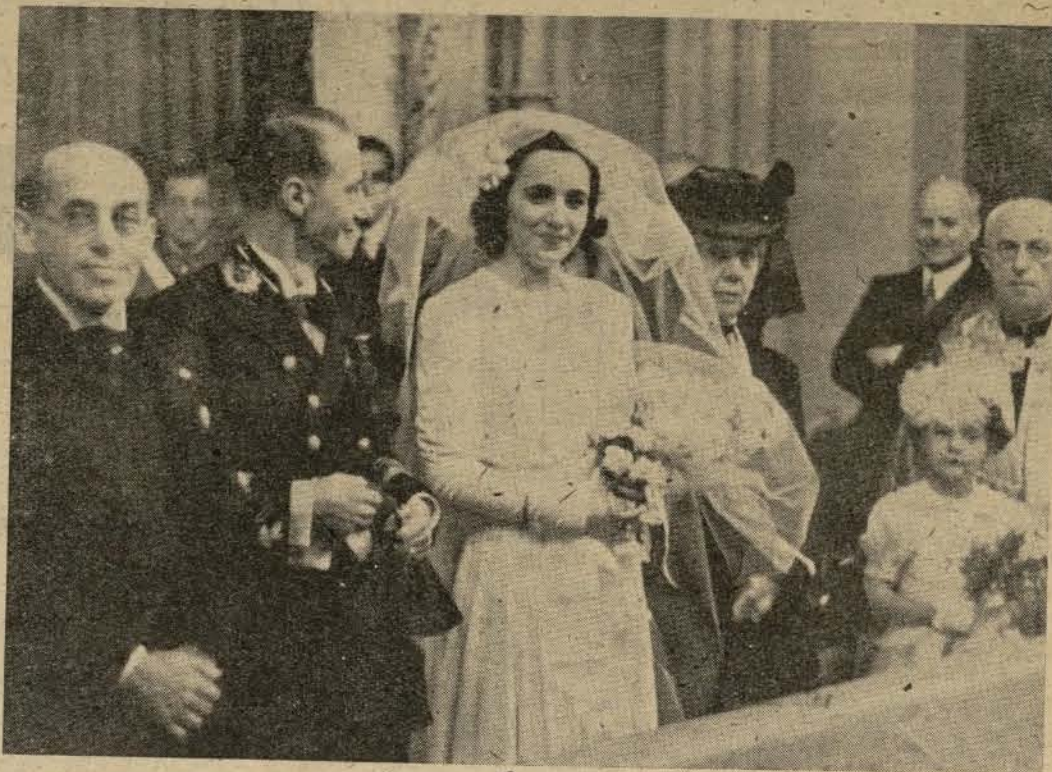
En la capilla Real del Santuario de Nuestra Señora de los Reyes, de Sevilla, se celebró la boda de la bella señorita Blanca Luca de Tena y Alvear con D. Rafael Eraso y Salinas.

Por los Marqueses de Fregenal, y para su sobrino D. Javier Morant y Dupuy de Lome, ha sido pedida a los señores de Levenfeld la mano de su bella hija Ana María.

Por los señores de Lewin (D. Benito), y para su hijo el Ingeniero Industrial D. Walter, ha sido pedida a los Condes de Bugallal la mano de su bella hija Betty.

Sociedad

Por FERNANDO DE VELASCO



María del Carmen Ibáñez de la Cadinière y D. José María de la Cerda y Manglano, después de la ceremonia nupcial, celebrada en la Concepción, rodeados de los padrinos, D. Manuel Ibáñez Calvo, padre de la novia, y D. Dolores Manglano Amores-Bueno, madre del novio. A la derecha, la encantadora niña Blanquita de la Cerda, sobrina del contrayente, que llevó el largo velo de la desposada.



La señorita María de la Concepción de Collantes y Garnica y D. Juan Mantilla Aguirre, en el templo de San Jerónimo el Real.



La señorita Cristina Carles y D. Ramón Peña, en el acto de firmar el acta matrimonial.

A 12x12 grid with numbers 1-12 on both axes. The grid contains a pattern of black squares, likely representing a binary image or a specific data set.

SOLUCION

SI NO LO SABE...

Rey,
Pirata,
Emperador,
Marino,
Corsario,
Explorador?

¿Francesa,
Portuguesa,
Italiana,
Inglesa,
Española,
Alemana?

¿A unos célebres tapices,
A unos forajidos,
A los partidarios del Papa,
A una sociedad secreta?

¿El nombre de una piedra,
De una habitación lacustre,
De un animal prehistórico,
De un rey medieval?

¿Es un bosque,
Una comarca helada,
Una paliza,
Un conjunto de chozas?

¿Provisiones,
Tosquedades,
Proyectiles,
Aperos de labor,
Herramientas,
Materiales de construcción?

...SE LO DIRE YO

- 1.º Emperador.
- 2.º Alemana.
- 3.º Partidos del Papa.
- 4.º Habitacion lacustre.
- 5.º Comarca helada.
- 6.º Provisiones.

CRUCIGRAMA

	A	B	C	D	E	F	G	H	J	K	L	M	N
1													
2		X									X		
3		X			X			X				X	
4			X								X		
5				X						X			
6					X				X				
7					X			X					
8						X							

VERTICALES: A, Ejercicio de los
farsantes.—B, Hacer ruido.—C,
Océano. Granero.—D, Querer. Río.—
E, Machacan (al revés). Repetido,
canción.—F, Consonantes. Párenta.
G, Aparato para medir la lluvia.—
H, Artículo. Furia.—J, Dos conso-
nantes. Interjección (al revés y re-

1-5.—Onda.
2-4.—Presunción.
7-3-4.—Cerdo.
1-6.—Moho.
8-5.—Dolores.
9-5.—Pieza de la armadura.

SOLUCION

Olorinologia.

A circular diagram consisting of concentric circles. The innermost circle is divided into eight segments, alternating between black and white, with numbers 1 through 8 placed in each segment. The next ring out contains eight empty circles, also numbered 1 through 8 in a clockwise direction starting from the bottom. The outermost ring contains eight more empty circles, also numbered 1 through 8 in a clockwise direction starting from the bottom.

6-1.—Alegran.
5-2.—Término.
4-3.—"Soplar".
8-7.—Río.

SOLUCION

Ensoberdeciamos.

VERTICALES: 1, Util culinario.—2, Adverbio (al revés).—3, Río.—4, Metal. Vocalet.—5, Planta (plural).—6, Estado asiático.—7, Letras de adipo. Patriarca.—8, Negación. Letras de lado.—9, Rizarás.

SOLUCION

Horizontalis: 1, Espontaneae, A. 2, Creadoae, 3, Pl. Onip. O. 4, U. S. A. 5, Pl. Pau. 5, Ma. Afran. 6, Pl. 7, De Urde. 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831,

JEROGLIFICO NUM. 1

¿De qué período hablabáis?

500

1234567890

CORTE

SOLUCION:

Sobre el último número de Tajo.

JEROGLIFICO NUM. 2

¿Qué periódico lo publica?

50001

MOD 500 ORRA

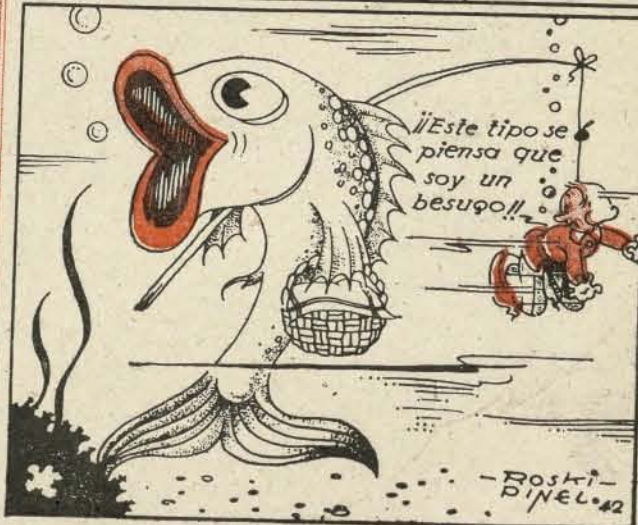
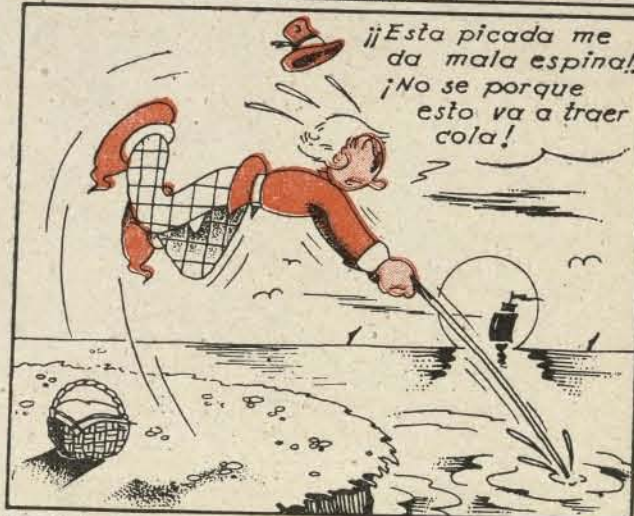
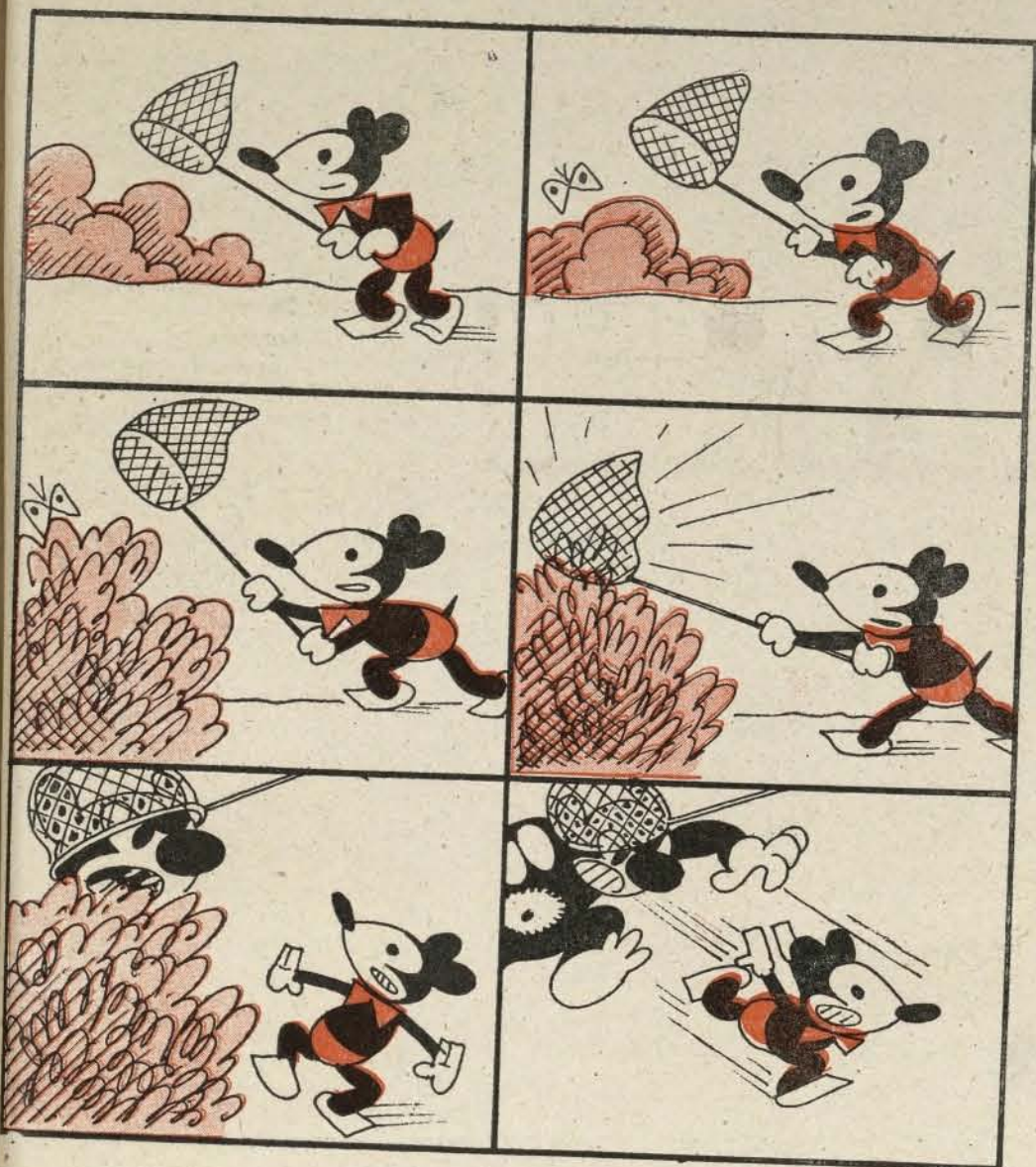
SATIRICO ESPAÑOL

500 10

SOLUCION:

Lo oi solo por la radio.

GRAFICAS UGUINA - MADRID



DON GARBANZO Y EL POTAJE

Nuestro buen amigo Don Garbanzo, con su nariz picuda y esos moletitos tan graciosos que le hacían parecer un hombre tocando la corneta, salió de su casa, y "pian, pianito" se dirigió a dar una vuelta por la finca. De pronto vió venir hacia él, alta y esbelta como la vaina de un sable, a Doña Judía Verde, que movía sus brazos haciendo gestos de desesperación.

—¡Don Garbanzo, Don Garbanzo! ¡Corra usted, que mañana es vigilia!—gritó con acento atiplado.

—Y a mí qué me importa eso—dijo en tono desabrido Don Garbanzo.

—Pero, hombre de Dios, ¿no sabe usted que la dueña de la huerta todas las vísperas de vigilia echa en remojo a centenares de sus

compañeros, para fabricar esa indecencia que los hombres llaman/potaje?

Entonces Don Garbanzo, sin dar siquiera las gracias, salió corriendo como alma que lleva el diablo. No paró hasta esconderse entre los volantes del traje de Doña Col. Temblando y tiritando de miedo, oía cómo por todas partes le buscaban los criados, y aunque pensaba "que un garbanzo no descompone la olla", la dueña de la casa a lo mejor no sabía el refrán... Con el fresquito de la noche y la humedad de la tierra recién regada, cogió Don Garbanzo un catarro del que todavía no se ha curado. Pero, gracias a Dios, pudo salvarse del chapuzón mortal.

Niños: escuchad los buenos consejos que os dan las personas mayores y razonables como Doña Judía Verde Esmeralda.

El que escucha un buen consejo puede llegar a ser viejo.

RUIBAR.

IAJU

Florencia
BECQUER

Ayuntamiento de Madrid